



Julián Murguía

EL TESORO DE CAÑADA SECA

PEÑASCO  AMPRO

ÍNDICE

Capítulo

Página

1. De vuelta a clase.....	5
2. El nuevo amigo.....	9
3. Otoño en Montevideo.....	14
4. Vacaciones de invierno.....	22
5. Noche de luces malas.....	30
6. Cuentos de fogón.....	41
7. La tapera del inglés.....	50
8. Visita a la curandera.....	61
9. La botella enterrada.....	73
10. La carta de John Baker.....	84
11. Como llorando.....	91
12. El secreto del pozo.....	99
13. El manuscrito de Richard Baker.....	105
14. La última clave.....	110
15. El hombre de la cicatriz.....	114
16. Mal encuentro y buen entierro.....	126
17. Incursión de medianoche.....	134
18. Entran los padres.....	141
19. La visita del comisario.....	146
20. El tesoro de Cañada Seca.....	152

EL TESORO DE CAÑADA SECA

1-De vuelta a clase

Era el 10 de marzo y las clases habían comenzado otra vez. Sin embargo, el verano continuaba, empujando con días cálidos y secos la llegada del otoño austral.

Eran días para continuar corriendo por la playa, zambulléndose en el mar, y no para estar sentado en el salón de clase de aquel colegio de Montevideo, anotando los horarios y los textos que recomendaba el profesor.

Antonio miró por la ventana y suspiró. Era un largo año el que quedaba por delante. ¡Y el verano se había pasado tan rápido! Bueno, no al principio, en que los días parecían desgranarse lentamente, pero las dos últimas semanas se habían ido a terrible velocidad. Siempre parecía así, al menos cuando uno tiene quince años.

Dio un vistazo alrededor y saludó a un par de amigos con una morisqueta. Esa mañana se había dormido y había llegado a clase cuando ya estaban todos sentados y el profesor había empezado a pasar lista.

Gajes del verano, había que acostumbrarse otra vez a madrugar para estar bañado, desayunado y en la parada del ómnibus a las siete y media de la mañana. El retraso le había impedido reencontrarse con los viejos compañeros y conocer a los nuevos, lo que sucedería en el próximo recreo.

Miró hacia la derecha: en el banco de al lado había un muchacho que no conocía y que, al sentir la mirada, lo miró a su vez y le sonrió.

Tenía un rostro curtido por el sol y una sonrisa franca. No parecía un chico de ciudad, tenía ese aire de los que se han criado en el campo.

-Parece buen tipo – pensó Antonio.

-... y la tabla de logaritmos – decía en ese momento el profesor.

Antonio se dio cuenta de que, por distraerse, no había atendido ni anotado lo que debía traer para la próxima clase. Bueno, lo copiaría después, del cuaderno de algún compañero. Miró por la ventana y la mente volvió a írsele tras el azul del cielo, de vuelta a la playa y al verano.

Mucho más que la tabla de logaritmos era la tabla de surf lo que querría tener ahora, y una buena ola para “entubarse”, como esas olas hawaianas que muestra la televisión y que no tienen paralelo con las olas cortas de Océano Atlántico, a las que él no tenía más remedio que sufrir.

Ese verano, sus padres habían alquilado una casa en la costa oceánica de Rocha, y allá habían marchado padre, madre, Antonio y sus dos hermanas menores, por todo el verano. Es decir, la madre y ellos por todo el verano; el padre, después del primer mes, trabajando en Montevideo de lunes a viernes y reuniéndose con la familia cada fin de semana.

Habían sido dos meses y medio de aire, sol y mar, en un lugar con población pequeña y playa grande, con sitio de sobra para andar en tabla lejos de los bañistas. Y así, corriendo olas, se habían corrido los días, hasta terminarse.

-Calculadora, regla, compás y semicírculo –seguía diciendo el profesor.

Y en aquella punta rocosa que cerraba un extremo de la playa, ¡cuántos pejerreyes y sargos de buen tamaño había pescado! Dos o tres veces a la semana el almuerzo de la familia había sido de pejerreyes fritos o sargos a la parrilla, estos últimos especialmente cuando estaba su padre, a quien le encantaba asarlos. Y en aquella punta, bien junto a las rocas, salían unos sargos enormes, gruesos y redondos. Sus hermanas solían quejarse de las espinas, pero eso era inevitable, y era el precio a pagar por saborear aquellas delicias. Las niñas siempre andan con tiquismiquis, ¿no? Pero pejerreyes y sargos eran los pescados más ricos que había comido jamás, especialmente esos, recién pescados por él, y el placer de pescarlos se duplicaba en el placer de comerlos.

Empezó a sentir hambre. Había salido corriendo sin desayunar por el retraso, y el recuerdo de aquellos platos sabrosos le estaba acicateando el apetito. Bueno, compraría algo de comer en el recreo.

-Este año, además, vamos a estudiar funciones – agregó el profesor.

Y, cuando Antonio hacía un esfuerzo para concentrar su atención en lo que éste decía, desprendiéndose del verano, las olas y pejerreyes, se escuchó el sonido de la campana.

La clase había terminado.

2 – El nuevo amigo

Salieron en tropel, cada uno buscando a sus amigos. Porque lo importante del primer día de clase era precisamente eso: el reencuentro.

En el patio, se fueron armando numerosas ruedas, donde todos hablaban a la vez, queriendo ser cada uno el primero en contar todo lo que había hecho en las vacaciones de verano.

En una de esas ruedas estaba Antonio, hablando animadamente con cinco o seis amigos, cuando se acercó su compañero del banco de la derecha, aquél que él no conocía y que le había parecido un buen tipo, con su aire de venir de campo. Venía con la misma sonrisa franca que le había dirigido en la clase.

-Yo soy Luis Martínez – dijo, dirigiéndose a Antonio, pero abarcando en el gesto a los demás – y es el primer día que vengo aquí.

-¡Hola! – le respondieron, abriendo algo más el círculo para darle cabida. Pero Luis, ceremoniosamente, le fue dando la mano uno a uno, repitiendo:

-Luis Martínez, mucho gusto.

Dos de los muchachos soltaron la risa, pero Antonio lo miró con aire de reprobación, porque no le pareció justo. Si el nuevo compañero era cumplido sería porque así le habían enseñado, y no era motivo para reírse de él.

-Yo soy Antonio Ferreira – le dijo cuando Luis le dio la mano, agregando de inmediato:

-¿Dónde estudiaste antes?

-En el interior, en Durazno. Mis padres viven en el campo y yo estudiaba en el Liceo de Durazno, porque allí vivía mi abuela y yo me quedaba con ella. Pero este verano se murió, así que me mandaron a Montevideo, a casa de una tía.

Hubo un silencio, porque nadie supo qué decir, hasta que Antonio preguntó:

-¿Y dónde viven tus padres?

-Tienen un campo cerca de Cañada Seca.

Uno soltó la risa.

-¿Cañada qué?

-Cañada Seca – repitió Luis.

-¿Y eso dónde queda? – preguntó otro.

-Es un pueblito a unos doscientos y pico de quilómetros de aquí, más cerca de trescientos – explicó Luis, paciente.

-Paisano, el hombre – comentó uno.

-O canario – torció otro.¹

-No señor – cortó Luis -, entre paisano y canario hay una diferencia grande.

-¿Qué diferencia?

-El caballo. El canario no es jinete y el paisano sí.

-¿Y vos sos jinete?

¹ En el Uruguay se llama "paisano" al hombre de campo que trabaja en ganadería, y "canario" al pequeño agricultor, por provenir los primeros, en el Siglo XVIII, de las Islas Canarias.

-Bastante. Pero mi padre es mucho más. Él doma los caballos que usamos.

Ahí todos lo miraron con respeto. Ninguno de ellos tenía un padre que supiera domar caballos.

Antonio aprovechó el momento para llevarse a Luis, porque, conocedor de los puntos que calzaban sus amigos, sabía que en breve volverían a la sorna y a la burla. Y quería evitarlo, proteger a Luis de las tomaduras de pelo que los otros querrían hacerle simplemente por ser del campo, por no ser igual a ellos.

Había sentido esa empatía, esa participación afectiva en una realidad ajena que a veces se produce entre dos personas, volviéndolas amigas de inmediato. Y Antonio ya se sentía amigo de Luis.

-Acompáñame a la cantina que estoy con hambre.

-le dijo, y Luis marchó con él.

En el mostrador, le dijo:

-Voy a comer un sándwich, ¿tú también?

-¿Cuánto cuesta? – preguntó Luis.

-Yo te estoy invitando.

-No señor. Mi padre dice que si uno no tiene plata para invitar, no debe aceptar invitaciones.

Ahí fue el turno de Antonio de mirarlo con respeto.

Pensó un poco y propuso:

*-Vamos a hacer una cosa: esta vez los pago yo y la próxima los pagás tú.
¿Estamos?*

-Bueno.

*Estaban comiendo los sándwiches cuando aparecieron los amigos de Antonio.
Pidieron algunas cosas para comer y volvieron a la carga.*

-¿Así que tu padre tiene una estancia?²

*-No – dijo Luis-, el campo es chico. Unas cuatrocientas cuadras, parte con
piedra.*

-¿Cuánto son cuatrocientas cuadras?

Luis se sonrió.

*-Unas trescientas hectáreas. Creo que la gente sigue hablando de cuadras
porque parece más. Según me explicó mi padre, es la vieja cuadra española, un
cuadrado de cien varas de lado.*

-¿Y ustedes usan varas para medir?

Luis lo miró serio.

-No – contestó-, las usamos para quebrárselas en el lomo a los cargosos.

*Cuando Antonio iba a intervenir para evitar una discusión, sonó la campana
y volvieron todos a clase.*

3 – Otoño en Montevideo

² Finca, hacienda, establecimiento de campo de superficie habitualmente superior a las mil hectáreas.

Durante la segunda hora de clase, Antonio pensó con desagrado en la actitud de sus amigos, haciéndose los vivos y pretendiendo burlarse y tomar el pelo al nuevo compañero, sólo porque venía de otro lado y tenía al parecer costumbres más formales. Pero ser diferente en algo no lo hacía ni mejor ni peor, solamente era algo distinto, y punto. Si era más ceremonioso, bueno, lo era y chau, y por eso no dejaba de ser – como parecía – un buen tipo. Resolvió hablarle a los amigos para que “aflojaran la mano”. No era que a Luis Martínez le hiciera falta que lo defendieran: ya había mostrado, con lo de la vara, que no se dejaba llevar por delante, pero si los otros seguían cargándolo, la cosa iba a terminar a las piñas. Como decía John Lennon, siempre hay que buscar la paz.

De este modo, los días siguientes Luis se fue integrando al grupo, con Antonio como decidido factótum de su montevideanización. Así marchó con ellos un sábado al Parque Rodó, un domingo al Estadio y otras veces al cine. Antonio se preocupaba de irle explicando lo que hacían y veían, para facilitarle el “entrar en caja”.

Cuando, al mes, una compañera de clase los invitó a la fiesta de sus quince años, marcharon todos a una discoteca en Carrasco y, al poco rato, Luis andaba en el medio de la pista, zangoloteándose como el mejor al ritmo de Pink Floyd.

Antonio, que se sacudía cerca de él, le palmeó la espalda, diciéndole:

-¡Bien, Luis, muy bien! Parece que te sacaste las espuelas.

Y Luis, con una gran sonrisa de oreja a oreja, mostrándole la linda gurisa³ que sostenía de la mano, respondió:

-Obligado cualquiera pelea – y se perdió a los saltos entre los demás.

Llegó Semana Santa y todos tomaron rumbos distintos. Luis se fue a pasarla al campo, otros se fueron a distintos puntos de la costa o del interior, y Antonio se quedó en Montevideo. Las vacaciones de verano habían costado bastante – le dijo su padre – y las finanzas domésticas no permitían gastos extraordinarios. Pero le regaló dos libros: “La Isla del Tesoro” de Stevenson y “Los Hijos del Capitán Grant” de Verne. Lector voraz, a la mitad de la semana ya se los había leído, incluso releído los capítulos que más le habían gustado. Cuando el aburrimiento el aburrimiento se le venía arriba, su padre lo convidó para ir a las domas del Prado, y allá marcharon los dos, porque a las mujeres de la casa no las atraían. En aquel ruedo de domadores, pialadores y apadrinadores, Antonio le comentó al padre su curiosidad de saber qué opinaría Luis de aquellos paisanos, si le parecerían criollos de verdad, como los de sus pagos de Cañada Seca. El padre, riendo, le dijo que estaba seguro de que al menos le rechinaría el criollismo adventicio de los locutores. Y a continuación preguntó:

-¿Yo lo conozco a ese chico?

-No, es nuevo en la clase. Entró este año – y le contó lo que sabía de Luis.

-Entonces, cuando reinicien las clases, tráelo a casa. Tú sabes que a tu mamá y a mí nos gusta conocer a tus amigos.

³ Niña, chica, muchacha.

Así fue que, a la semana siguiente, Antonio le dijo a Luis que el viernes de tarde fuera por su casa, que el padre y la madre lo querían conocer.

-¿Qué hace tu padre?

-Es abogado. Trabaja en la Intendencia y tiene su propio estudio con dos amigos de socios, así que anda todo el día al trote, por suerte.

Cuando Luis llegó a la casa, saludó a la madre y a las dos hermanas con un beso: ya había aprendido a no dar la mano.

En la tardecita llegó el padre y fue él quien le tendió el brazo en un franco apretón de manos. Estuvo un rato charlando con ellos y luego le dijo a su mujer:

-¿Podemos comer a las ocho?

-Si, dijo ella- ¿qué vamos a ver?

-Tartufo, en el Solís- y dirigiéndose a Luis, agregó: - tú venís con nosotros. Era más una afirmación que una pregunta, Luis vaciló.

-¿Te gusta el Teatro?- preguntó el padre.

Bueno...en verdad nunca fui. A un teatro de verdad nunca fui.

-Entonces es tiempo de empezar.

Comieron y, en el camino al teatro, le dio una breve explicación sobre Moliere y la obra que iba a ver, para que pudiera comprenderla mejor. Cuando terminó la función salieron a la explanada del Solís, le preguntó:

-Bueno, ¿qué te pareció?

-¡Es súper bueno! – dijo Luis con entusiasmo. No tiene nada que ver con lo que yo había visto en el club de Durazno.

-Entonces, está arreglado, nosotros vamos al teatro todos los viernes. Así que te venís temprano a casa, comemos, y nos vamos a ver lo mejor que esté dando.

-Encantado, señor, pero... ¿usted me dejaría pagar mi entrada?

El padre se Antonio se río.

-Bueno, el día que no me alcance la plata, te digo.

Y no me llames de usted ni de señor. ¿Ta?

Cuando, un par de semanas después, Luis se hizo socio del mismo lugar que iban Antonio y sus amigos a practicar deportes, su integración fue total.

La madre de Antonio se encariñó rápidamente con él, y los viernes siempre le hacían algún plato o algún postre de los que a Luis le gustaban.

Cuando a fines junio fueron a Montevideo los padres de Luis, los de Antonio los invitaron a comer y congeniaron rápidamente. Eran gente linda.

Al final de la cena, el padre de Luis le dijo a Antonio:

-Nosotros queremos agradecerte todo lo que has hecho para ayudar a Luis, como él nos ha contado.

Antonio se puso colorado e intentó decir algo, pero el padre de Luis siguió:

-Como tú has conseguido urbanizar a este paisano, nosotros queremos retribuírtelo haciéndote campero. Así que te venís a pasar las vacaciones de julio a Cañada Seca, ¿estamos?

Antonio saltó de contento y tartamudeó unas gracias. Se volvió a sentar y preguntó:

-¿Qué tengo que llevar?

-Yo diría que mucho unto sin sal ⁴- dijo el padre con una carcajada.

--No te preocupes – dijo la madre de Luis – que yo le digo a tu madre lo que vas a necesitar.

Siguieron charlando y quedó todo convenido. Antonio y Luis se iban en julio a Cañada Seca.

⁴ Remedio criollo para las paspaduras y ardeduras que sufren los que no están habituados a andar a caballo.

4 – Vacaciones de invierno

Ya en el viaje de ida, insensiblemente y sin que los dos se dieran cuenta, los papeles se fueron invirtiendo.

Ahora era Antonio en que preguntaba y Luis el que explicaba y enseñaba.

Antonio empezó a descubrir un mundo nuevo y a valorar la importancia de las pequeñas cosas. Cuando el ómnibus dejó la ruta principal y entró en una carretera de secundaria, Luis le fue mostrando los campos y las casas de la gente que conocía.

-¿Y aquella allá en lo alto?

-Es una vieja tapera.⁵ La llaman “La tapera del Inglés”.

-¿Hay ingleses por acá?

-No. Hubo uno en el siglo pasado.

Cuando se bajaron en Cañada Seca, la familia en pleno los estaba esperando: el padre, la madre y la hermanita de Luis, que tenía nueve años.

El pueblo era brevísimo. Una calle larga, de ocho o diez cuadras, cruzada por otras tantas transversales, que a cincuenta metros empezaban a diluirse y a cien ya se volvían otra vez campo. Algunos comercios, una escuela, una capilla.

-¿Por qué se llama Cañada Seca?

⁵ Casa ruínosa y abandonada.

-¿Ves allí – le dijo el padre -, que hay como un cañadón, como una zanja grande? En el siglo pasado eso era una cañada, pero en unas crecientes muy grandes el agua cortó otro cauce un quilómetro más allá y éste quedó seco. Por eso el nombre.

El ómnibus volvió a arrancar y siguió su camino. Subieron en la camioneta del padre, la familia adelante y Antonio y Luis en la caja y éste, ya en el más familiar de los paisajes, no paraba de mostrarle cosas. Cuando habían andado un trecho, señaló adelante y a la izquierda y dijo:

-Allá están las casas.

Antonio miró y fue más de lo que esperaba encontrar.

-¡Qué grande!

-Es que, cuando murió mi abuelo, la estancia se dividió entre los cinco hermanos. Sortearon las fracciones y a mi padre le tocó la más chica, porque era la que tenía el casco. Los otros se quedaron con más campo pero sin poblaciones. Papá dice que tuvo suerte, porque pudo arrancar con buenas instalaciones.

-¿Y tus tíos son los vecinos?

-Solo uno, que es traslindero. Las otras eran mujeres y vendieron.

Cuando se bajaron en las casas, Antonio pudo ver que el lugar era muy lindo y estaba bien cuidado. La casa era antigua, en forma de U, cerrando un patio con parral y aljibe al que rodeaba una galería de chapas de zinc donde daban las puertas de todas las piezas.

Había otra casa más pequeña, de techo de zinc a dos aguas pintado de rojo inglés, y dos grandes galpones de paredes de piedra.

La casa principal tenía un guardapatio cercado de alambre tejido al que trepaban rosales y otras plantas, ahora podadas y sin hojas. Más allá, corrales, bretes y tubos de vacunos y lanares.

Un ombú casi junto a la casa, media docena de grandes paraísos y una cortina de casuarinas resguardando el Sur, contemplaban el paisaje.

Lo llevaron al cuarto de Luis, le mostraron su cama y el padre lo convidó a recorrer el establecimiento.

Fue una verdadera “visita guiada”. Con cordialidad y buen humor le fue mostrando todo y explicándole lo que hacía. Antonio se fue asombrando del cúmulo de trabajos, de los conocimientos que hacían falta y del grado de tecnología aplicada que todo aquello implicaba. Muy lejos de la imagen bucólica tradicional. La actividad principal era el tambo, pero también criaba ovejas, engordaban novillos, hacía praderas, cosechaba heno, hacía silos y tenía un buen parque de maquinaria, si no nueva, bien cuidada.

-¿Has visto ordeñar alguna vez?

-No, nunca.

Lo hizo entrar del otro lado de uno de los grandes galpones, que había dividido y para hacer un galpón de ordeño. Antonio oyó el “chuic-chuic” de la

máquina ordeñadora y vio la leche marchando por caños hacia la pieza contigua, que era la enfriadora, con mecanismos recientes de acero inoxidable.

-Esto es modernísimo.

El padre se rió y aclaró:

-Este es un equipo común y tiene tres años.

Cuando nos llegó la energía eléctrica lo compré. Te aseguro que el disponer de electricidad me cambió muchas cosas: el tambo, las bombas de agua, los motores, la heladera, en fin, la vida.

Cuando terminaron de recorrer el casco, le dijo:

-¿Sabes andar algo a caballo?

-Francamente, no. Sólo de chico, en los petizos del Parque Rodó.

-Entonces tráele el bayo – le dijo a Luis. –Está con tu yegua en el ocho.

Luis, ante la pregunta de Antonio, le aclaró que “el ocho” era simplemente el número del potrero.

Dejaron al padre y se fueron caminando a buscar los caballos.

El casco estaba en un alto, con bastantes afloramientos rocosos. La ladera que venía después se transformaba en una llanada cruzada por una cañada.

Un camino alambrado llegaba hasta “el potrero del bajo” y sobre él se habrían las porteras de los numerosos potreros en que estaba dividido el campo.

Luis abrió una portera y los dos arrearon los caballos hasta el corral de las casas. Una vez allí, le dijo a Antonio:

-Ahora vamos a dejarlos en el piquete, y mañana prepárate.

A las seis ya era de noche. Cenaron a las ocho y Antonio y Luis se enfrascaron en una partida de ajedrez, mientras el padre leía y la madre tejía. El silencio era total, salvo por algún chistido de lechuza o grito lejano de terutero.⁶

Al otro día, agarraron los caballos. Luis ensilló el suyo y luego, garra ⁷ a garra, le fue enseñando a Antonio cómo ponerlas y ajustarlas. Anduvieron un buen rato en la mañana, recorrieron todo el campo, se bajaron en la cañada, y a Antonio le fue bastante bien: sólo se cayó una vez. El bayo era manso y dócil.

Por la tarde, la madre llamó a Luis, y fueron los dos a la cocina.

-Cuando fuimos al pueblo me olvidé, y no tengo ni levadura ni polvo de hornear. ¿No agarrarás la yegua y vas a buscar?

-Yo también voy – dijo Antonio.

-Mira que es una legua de ida y otra de vuelta.

-¿Y qué?

Demoraron más de dos horas, porque Luis evitó trotar al regreso, para que Antonio no se sacudiera tanto. Aún así, cuando llegaron, con lo que había andado en la mañana y éstas dos leguas de la tarde, Antonio se bajó del caballo dolorido

⁶ Zancuda pequeña, cuyo nombre es onomatopeya de su penetrante grito, y muy común en los campos de América Meridional.

⁷ Cada una de las piezas del recado de montar: jerga, corona, recado, cincha, cojinillos, badana y sobrecincha o cinchón.

y de piernas abiertas. Le dolía el trasero, la cintura, los músculos de los hombros, el pescuezo...

-no te preocupes – le dijo Luis -, mañana vas a estar peor.

Al otro día ni mencionó el andar a caballo, y como la madre le había pedido a Luis que carpiera la quinta de verduras porque había bastantes yuyos, Antonio tomó también una azada y marchó con él. Recordaba el consejo de su padre antes de salir:

-Mirá que es un campo chico y allí deben trabajar todos. No es un campamento de turismo sino un lugar de trabajo. No dejes que te tengan que atenderte, y ayudá en lo que puedas.

A los cuatro días, ampollado por la azada, dolorido por el caballo y rengo por una espina de coronilla que le había atravesado la alpargata, Antonio era sin embargo la imagen de la felicidad.

-Andás medio averiado – le dijo el padre de Luis al verlo.

-No me importa, lo estoy pasando bárbaro.

-Me alegra... sarna con gusto no pica.

El padre les encargó algunos trabajos, pero siempre cosas livianas: cambiar unos novillos de potrero, arrear las ovejas al galpón para descolar⁸, llevar las vacas después del ordeño, y cosas similares, que iban acostumbrando a Antonio al uso del caballo.

⁸ Esquilar la lana del trasero de la oveja y de la ubre, para facilitar el parto y el amamantamiento e impedir que se adhieran las heces de la "purga de primavera", formando "cascarías".

En el campo había dos empleados permanentes, y otros se tomaban para trabajos zafrales. A veces caía algún visitante, como el viejo Farías que llegó un jueves, cuando hacía seis días que estaba Antonio.

-Fue peón de mi padre – le explicó el padre de Luis.

Ahora hace unos años que está jubilado y vive en el pueblo, pero dos por tres se da una vuelta por aquí y se queda algunos días. Nos da una mano en cosas livianas y, sobre todo, mata el aburrimiento y la soledad.

Antonio había andado preguntando si la cañada era buena para pescar y qué pescados había. El padre de Luis le dijo que aprovecharan a preguntarle al viejo Farías, que era un empedernido pescador de cuanta laguna o arroyo había en la vecindad.

-Eso sí – agregó – no le creas mucho lo de las tarariras⁹ que dice que saca – y se arrimaron los tres a donde el viejo mateaba sentado en un banquito.

-Estos muchachos andan con ganas de tirar unos aparejos, Farías. Usted que sabe de pesqueros, ¿dónde les recomendaría que fueran a pescar?

-A ver... ¿qué quieren pescar?

-Cualquier cosa – dijo Antonio.

-D'eso no hay. Pero si quieren sacar unas tarariras buenas en ésta época, hay que ir a la laguna grande.

-¿Qué laguna es? – preguntó Luis.

⁹ Pez de río, de carne espinada.

-La grande. Pero hay que ir al lugar que yo sé.

Mañana si Dios quiere, los llevo.

-No hace falta que se moleste – dijeron los muchachos -, digáenos dónde es.

-No señor, yo los llevo.

5 - Noche de luces malas

Salieron después de almorzar rumbo a la laguna grande que había mencionado el viejo Farías. Aunque a los muchachos les habría divertido más ir ellos solos, no pudieron negarse a que el viejo les hiciera de guía en aquel “hervidero de tarariras”, como él decía.

Luis atravesó en el recado, sentándose sobre ellas, dos tacuaras finas de un par de metros, que iban a utilizar de mojarreros. El viejo Farías llevaba una bolsita con sus aparejos ¹⁰y ató un “roncador” a los tientos. Este era un palo corto, terminado en punta y que tenía en el extremo una lata doble, triangular, con un orificio en el vértice por donde entraba el palo, al que estaba clavada por ambos lados. Los dos bordes superiores estaban recortados como los dientes de una sierra, y allí se apoyarían las líneas de los aparejos después de arrojados al agua. De ese modo, al correrse un aparejo de la disparada de una tararira, el sonido áspero anunciaría el pique. Así podría arrojar varios aparejos, al no tener que sostenerlos en la mano.

-Allá hay un hormiguero grande – dijo Luis, y se desviaron un poco hasta detenerse en él.

-¿Qué venimos a buscar aquí? – preguntó Antonio.

-Carnada – dijo el viejo.

¹⁰ Línea de pescar, con una plomada en el extremo, que se revolea y arroja con la mano.

-¿Ves esa medialuna marrón, que parece aserrín? – explicó Luis. Y Antonio vio que bordeando la montaña de palitos recortados que era el hormiguero, había una franja de otro color. Farías ya se había bajado, con una lata en la mano.

Sacó de la cintura un enorme cuchillo y empezó a escarbar en el aserrín. De inmediato aparecieron unas gordas y grandes isocas,¹¹ que fue echando en la lata. Cuando le pareció que era suficiente, les echó por encima un puñado del aserrín y le alcanzó la lata a Antonio.

-A ver usted que no lleva nada – le dijo, y se subió a su caballo.

-¿Viste – le dijo Luis -, vos que preguntabas por la carnada? Siempre está lleno de isocas cuando hay ese aserrín al borde de un “pajero”.

Antonio soltó la risa.

-No seas idiota - rezongó Luis -, así se les llama a esos hormigueros que forman un montón de palitos y pedacitos de paja. Los que solo tienen un agujerito en la tierra y el hormiguero está abajo, son los “de olla”.

-Y la isoca – sentenció el viejo Farías – es la mejor carnada p’al bagre.

-¿Y para las tarariras? – preguntó Antonio.

-El anzuelo de la tararira es grande y la isoca es chica. Pa’ la tararira es mejor la mojarra, y sobre todo el sapo. El sapo es una carnada flor, pero ahora me cuesta agarrarlos.

¹¹ Larva del escarabajo “torito” (Diloboderus abderus).

-A mi me daría lástima poner un sapo de carnada. Es un bichito simpático y útil.

-Cuestión de gustos – comentó el viejo, y volvió a encender su pucho apagado.

La laguna grande quedaba a unas diez cuadras, ladera abajo, de la tapera del inglés. Cuando llegaron a ella, Antonio, que la veía de cerca por primera vez, miró sorprendido el tamaño de las construcciones y de los muros de piedra. Propuso bajar a recorrerla, pero el viejo Farías no quiso saber de detenerse.

-Cuando se va a pescar, se va a pescar.

Cuando llegaron a la laguna, se bajaron de los caballos en el pesquero favorito del viejo: un breve remanso, con algo de arena en la orilla y protegido por un corpulento tarumán. Los muchachos, apurados, ataron los caballos, armaron los mojarros¹² y se pusieron a pescar de inmediato, con las lombrices que habían traído de la quinta.

El viejo, pachorriento, empezó a organizar “el campamento”. Sacó su maleta del recado y de allí extrajo primero un farol, que colgó de una rama baja del tarumán; después una sartén, que colgó de un clavo en el tronco – recuerdo de otras porquerías – y una bolsa de polietileno con un paquete de grasa, una bolsita con harina y un frasco de sal, que colgó de otro clavo.

¹² Caña fina de pescar, con anzuelo muy pequeño, para “mojarros”, pececillos de 5-10 cm, que abundan en América del Sur.

Después juntó leña, armó y prendió un fuego y, finalmente, sacó de su inagotable maleta una botella de caña, le dio un largo beso, la puso en el suelo, apoyándola en el tronco, y dijo con satisfacción:

-Ahora sí.

La noche se venía rápido en ese tiempo de invierno, y con el sol ya bajando, después de dos horas de pesca, Antonio y Luis dejaron los mojarreros y le preguntaron al viejo, que estaba sentado en un tronco junto al fuego:

-¿Cuándo va a tirar los aparejos?

-Ahora nomás. No hay apuro, porque el pescado grande come de noche.

¿Quieren tirar un aparejo ustedes?

Abrió su bolsita de aparejos, sacó dos "con anzuelo pa'bagre y se los entregó. Ellos los encarnaron con isocas, los revolearon y arrojaron al medio de la laguna.

El viejo siguió pitando.

A los pocos minutos los dos tuvieron un pique y, entre gritos y exclamaciones, sacaron dos tarariras chicas, de poco más que una cuarta. Hasta que oscureció, sacaron seis o siete más, todas chicas.

Cuando ya se veía muy poco, el viejo se levantó y prendió el farol, tomó otro trago de caña y volvió a sentarse. Al rato les dijo:

-¿Están con hambre muchachos?

Los dos le dieron un sí entusiasta y el viejo les pidió que lavaran las tarariras y las pusieran sobre el mismo tronco caído en el que estaba sentado.

-Si no hay otra cosa, ¿no serán mejores las mojarras? Porque esas tarariras deben ser pura espina – dijo Antonio.

El viejo lo miró serio.

-Yo le pregunté si está con hambre, mozo.

-Si, claro.

-Entonces deje a los que saben.

Antonio se calló y el viejo, después de acercar el farol y de poner la sartén al fuego, sacó un cuchillo chico de la bota, separó las cabezas de las tarariras y empezó a abrirlas por el lomo. Les quitó el espinazo, después las tripas, y las lavó en la laguna. Volvió a ponerlas, abiertas y con la carne hacia arriba, sobre el tronco y con el filo del cuchillo les dio varios golpes longitudinales que no llegaban a cortar el cuero.

-¡Espinass! – masculló.

Ya se oía crepitar la grasa en la sartén. Les puso sal a las tarariras, tomo la bolsita de harina y fue introduciendo los pescados en ella, sacudiéndola y sacudiéndolos enharinados. Después se puso a freírlos, con el cuero hacia arriba.

A medida que estaban prontos, los ponía sobre el tronco y los cortaba. Antonio probó el primer pedazo con precaución, masticando despacio, y asintió con sorpresa que las espinas quebradas y cocidas se deshacían al masticarlas.

¡Cómo iba a deslumbrar a los suyos la próxima vez que pescara pejerreyes!

-¡Son una delicia! – exclamó entusiasmado.

-Bué... dijo el viejo.

Recién después que terminaron de comer, el viejo se decidió a pescar.

Eligió tres buenos dientudos ¹³ del montón de mojarrras que habían sacado los muchachos y encarnó los grandes anzuelos de otros tantos aparejos.

Los arrojó a distintos lados de la laguna, “a pozos que él conocía”, según dijo, clavó el “roncador” y atravesó sobre él las líneas de los aparejos.

Había tormenta hacia el Sur, y los relámpagos empezaban a iluminar aquella parte del cielo. Dos horas después, la tormenta y los relámpagos estaban más cerca.

-Vamos a levantar campamento – dijo el viejo -.

Tenemos una hora de viaje y la tormenta se arrima.

Levantó las dos grandes y hermosas tarariras que había sacado – para envidia de Antonio y Luis – y, pasándoles un tiento por las agallas y la boca, las ató de una argolla del recado, en el lugar del lazo.

Volvió a poner sus petates en la maleta, la atravesó debajo del cojinillo, montó y partieron. Luis se llevaba todas las mojarrras en una bolsa, “aunque sea para los chanchos”.

¹³ Mojarrras algo mayores y con dientecillos.

Empezaron a subir la ladera hacia la tapera del inglés y, cuando estaban a unas dos cuadras, dijo Antonio:

-Hay algo que brilla en la tapera.

El viejo Farías miró y exclamó:

-¡Ave María Purísima! ¡Boitatá!¹⁴

-¿Qué es eso? – preguntó Antonio, pero el viejo no contestó.

Cuando estaban más cerca, Antonio vio que era como una brillante bola de fuego, algo menor que una pelota de fútbol, que parecía posada en un arbusto.

-Parece un efecto láser – dijo Antonio, y espoleó su caballo para acercarse.

-¡Muchacho, vení p'acá! ¡No te arrimes a eso! – le gritó el viejo Farías, y era tal la urgencia y la desesperación de su voz, que Antonio sofrenó y dio vuelta.

-¿Qué pasa? ¿Por qué no puedo ir a ver? ¿Usted tiene miedo a eso?

-¡Claro que le tengo! ¿Vos sabés lo que es eso?

-No.

-¡Una luz mala!

-Pues alumbra bastante. ¿Qué es una luz mala?

-Un ánima en pena.

¹⁴ Nombre que se le da a la "luz mala" (fuego fatuo) en Brasil. Viene de mboitatá, nombre de una víbora de fuego de una leyenda guaraní.

Antonio miró a Luis y, a la luz de un relámpago, lo vio serio y con expresión de miedo. Y a él se dirigió:

-¿Qué te pasa a vos? ¿Qué es in ánima en pena?

-Es un alma en pena, que no puede llegar al cielo – dijo Luis. Antonio entró a dudar.

-Bueno, ¿y qué hay que hacer?

-Irse – dijo el viejo, y dobló hacia el costado para hacer un largo rodeo en torno a la tapera. Los muchachos lo siguieron, Antonio dándose vuelta para mirar la bola fosforescente que seguía posada en el arbolito.

Después de andar dos o tres cuadras, el viejo volvió a doblar rodeando la tapera, y la luz mala dejó de verse cuando la taparon los altos muros de piedra. Cuando ya estaban por sobrepasar las ruinas, Antonio, que seguía mirando, dijo:

-¡Miren, hay otra bola luminosa de este lado!

El viejo Farías giró la cabeza, miró y entró en pánico:

-¡Es la misma y nos está siguiendo! –y, clavando espuelas, arrancó el galope y se perdió en las sombras, los muchachos atrás y las tarariras chicoteándole el caballo.

6 – Cuentos de fogón

Como todos dormían cuando llegaron, recién al desayuno pudieron contar sus aventuras de la noche anterior: la pesca, la luz mala y la huida, deteniéndose especialmente en la luz mala.

-¡Pobrecita! – dijo la madre de Luis -. Debían por lo menos haberle rezado un Padrenuestro.

-Yo no sé – dijo Antonio.

-No estaba la cosa para acordarse – agregó Luis.

El padre se reía, sobre todo del susto del viejo Farías.

-Cuando lo cuente en alguna rueda de mate lo va a haber adornado tanto que ni ustedes reconocerían el sucedido. Pero hubiera pagado para verle la cara al viejo.

-Vino cuando estaba preparando el desayuno – dijo la madre – y lo vi muy compuesto. No habló ni una palabra de susto, y me trajo las dos tarariras. Van a ser el almuerzo de hoy.

Antonio seguía dudando. No sabía si aquello era superstición, magia o brujería, pero él lo había visto, nadie se lo había contado. Y le preguntó al padre de Luis:

-¿Vos crees en eso?

-Tú lo viste, ¿no? Por lo tanto no podés dudar de que es real. Ahora, cuál es la interpretación del fenómeno, es otra historia, y cada uno puede opinar como quiera.

-¿Pero vos creés?

El padre de Luis se rió.

-Yo no creo en brujas, pero... - y lo dejó ahí.

A la hora del almuerzo les dijo a los muchachos que al día siguiente, domingo, había pencas¹⁵ en las cercanías y los invitó a ir.

-Si no llueve, claro, porque la tormenta que se vino anoche todavía está ahí, sin descargar.

Al otro día, a media mañana, marcharon los cinco. Tomaron un camino secundario hasta llegar a un solitario almacén, perdido en medio del campo. Tenía de un lado un galón y del otro una cantidad de bretes y mangueras, porque allí se hacían remates ganaderos una vez al mes. En el potrero llano que estaba detrás del boliche, se veían claramente marcadas tres rectas sendas.

-“Tres sendas cual tres galones, hacen capitán al campo”¹⁶ - recitó el padre de Luis.

¹⁵ Carreras, generalmente de dos caballos.

¹⁶ Poesía de Fernán Silva Valés.

El lugar ya estaba lleno de gente, aunque las pencas eran por la tarde. Algunos autos, varias camionetas y muchos caballos moteaban el campo en torno al boliche. El tiempo seguía encapotado y amenazante.

Se bajaron y Antonio empezó a observar fascinado ese nuevo ambiente: los paisanos con sus mejores pilchas y luciendo las garras domingueras, las mujeres de bocas muy pintadas y oliendo a exceso de perfume, algunos estancieros vestidos puntaesteñamente¹⁷.

Además, los vendedores de pasteles, de dulces, de cuchillos, frenos y espuelas, de baratijas.

Él y Luis se separaron del resto de la familia y empezaron a recorrerlo todo. Entraron al boliche, donde el mostrador estaba atestado de parroquianos; pasaron al galpón donde otro contingente numeroso participaba del remate de las apuestas; siguieron a los asadores, donde tres hombres arrimaban brasas a una respetable cantidad de carne; miraron todo lo que se ofrecía en los distintos puestos de venta y pasaron por una mesa improvisada donde en dos latones se vendía asado con cuero. Cuando terminaron la recorrida se reencontraron con la familia de Luis.

-Y, ¿qué te parece esto? – le preguntó el padre.

-Es fantástico – dijo Antonio -, aquí hay gente de dos siglos.

-Quisiera saber en cuál me ubicas a mí – dijo el padre y se rió, para agregar enseguida:

¹⁷ Informalmente, como en el sofisticado balneario uruguayo de Punta del Este.

-¿Vieron los parejeros?

No los habían visto y el padre los acompañó a ver los seis caballos que, de a dos, protagonizarían las tres pencas de la tarde. Les fue mostrando lo que, a su juicio, eran defectos y virtudes de cada uno, en la cabeza, el lomo, el encuentro, el anca, los aplomos, y concluyó que el que más le gustaba era el tostado.

-¿Le vas a jugar a ése? – preguntó Antonio.

-No, m'hijo, yo porfío pero no apuesto.

Fueron a almorzar a una larga mesa de tablas y caballetes. La madre traía platos y cubiertos envueltos en un paño, que colocó en la mesa. Hubo que vencer una fuerte resistencia de Antonio a enfrentar un pedazo de asado con cuero, con aquella pelambre de un lado, pero al final aceptó probarlo, un poco conminado por el padre de Luis. Cuando probó el primer pedazo, puso una cara de enorme placer.

-¿Qué te parece?

-Me hice socio – dijo Antonio, radiante -; pero ¿por qué no lo afeitan?

-Algunos lo hacen, como si pelaran un chancho, aunque no le cambia el gusto.

-Pero debe quedar mucho más lindo de ver.

-Para los remilgados – se rió Luis.

Terminaron el almuerzo cuando se anunciaba que iba a correrse la primera penca. Se dirigieron a las sendas y se ubicaron en la sentencia. Hubo dos partidas erradas, pero en la tercera el juez bajó el pañuelo, se oyó el “¡se vinieron!” y enseguida la polvareda, el griterío y el redoble de cascos a la disparada. Pasaron como una luz por la sentencia, con el tostado ganando por amplio margen.

-¡Tenías razón, tenías razón! – gritaba Antonio, palmeándole la espalda al padre de Luis -. Tenías que haberle apostado.

-¿Y si perdía?

Una hora después se corrió la segunda penca, para enorme disfrute de los muchachos, pero la tercera no llegó a largarse porque poco después se concretó la amenaza del tiempo, descargándose un aguacero. La gente se refugió en el boliche y en el galpón, mientras la lluvia arreciaba.

Cuando una hora después el chaparrón paró, la mayor parte del público aprovechó para irse. Unos diez a doce, entre otros el viejo Farías, hicieron rueda en torno al fogón que había en un extremo del galpón. Pusieron sus calderas o latas de agua en el fuego y empezó a circular el mate. El padre de Luis miró al grupo y le dijo a los muchachos, sonriendo:

En ese lote están los tres o cuatro mayores mentirosos de Cañada Seca, uno de ellos es el viejo Farías.

-¿Podemos sentarnos en la rueda? – preguntó Antonio.

-Si, pero quédense callados y, sobre todo, no interrumpen al que está haciendo un cuento o narrando un suceso, porque si le estropean el efecto, los mata. Yo me llevo a mi mujer y a la nena a tomar algo al boliche, y cuando nos vayamos los vengo a buscar.

Calladitos, los dos se arrimaron a la rueda, tomaron dos trozos de tronco aserrado y se sentaron al lado y un poco atrás del viejo Farías, entre éste y un negro viejo, de mota ¹⁸casi blanca. Dos lugares más allá alguien estaba hablando, y los muchachos le prestaron atención. Era un viejo también, de aspecto aindiado, que en ese momento terminaba de contar algo.

-Y si no me creen – remató -, ahí está el finado Remigio Sosa que no me deja mentir.

Unos cuantos se rieron. El viejo Farías carraspeó, aclarándose la garganta para arrancar, pero le ganaron de mano y otro empezó un cuento de una pesquería, donde había sacado, después de una lucha detallada y homérica, una tararira “gruesa como esta pierna”. Al terminar, el viejo Farías volvió a carraspear, pero esta vez levantó la mano, pidiendo atención, y arrancó:

-Yo una vez – dijo, recorriendo todos con la mirada – crié una tararira guacha. ¹⁹

Hizo una pausa para concentrar la atención de los oyentes, y prosiguió:

¹⁸ Pelo enrulado de los negros.

¹⁹ De guacho = huérfano. Criar un animal desde pequeño.

-Mire usted la casualidad. Venía de vuelta de una tropeada, llegando al rancho ²⁰que tenía en los bajos del Sarandí. El rancho estaba en el bajo, pero de lejos del arroyo y las crecientes. Pa' lavarme un poco, fui con la palangana y el jarro hasta la orilla del agua. Enllené el jarro y lo eché en la palangana. Y mire usted, ¿no va y sale del jarro una tararira chiquita, más corta que este dedo? Oscurita estaba en la palangana blanca. Yo la miré, ¿y no va ella y me mira también? Ahí nomás le tomé cariño, y ya mesmo resolví que la iba a criar guacha. Hacía unos meses que una crucera ²¹que me había picado al Cabo, y el pobre perro se me murió hinchado. Así que ahora, con la tararira, no iba a estar tan solo. Le puse de nombre Iracema, en recuerdo a una novia que tuve, y me llevé p'al rancho. Se crió de mimosa, mire, que usted no sabe. Y era flor de bandida la Iracema, le gustaba esconderse y se mataba de risa si yo no la encontraba. Eso sí, aparecía enseguida si yo le gritaba: "Iracema, está la comida". Porque comer, comía, sabe, y se fue poniendo viciosa de grande. Eso sí, delicada para comer. Cuando era chiquita le daba lombrices, después isocas y, cuando ya era grande, sapos. Pero una vez que no pude encontrar ningún sapo, la vi como enojada. Y más ofendida se puso cuando me vio agarrar un plato y servirme un guisito carrero – de arroz y charque – que me había cocinado. Pa' convencerla, le alcancé una cucharada diciéndole "¿no ves que esto no te va a gustar?" "Y mire usted, se me comió todo el guiso y el que se acostó con hambre fui yo. Y nunca más quiso comer sapos, así que desde entonces yo cocinada pa'los dos.

²⁰ Choza, casa rústica de terrón o adobe y techo de paja.

²¹ Víbora venenosa.

Hizo una pausa, le dio una chupada al mate que le habían alcanzado, y prosiguió:

-Ya tenía como tres años, y estaba hermosa, cuando se vinieron aquellas inundaciones machas del 59, ¿se acuerdan? Llovió tanto que, por primera vez, la creciente rodeó el rancho. Cerré bien la puerta, puse chapas y latas para que el agua no se ganara adentro, y me acosté. Al otro día de mañana, me asomé a la ventana y el agua tenía como un metro de altura contra la pared del rancho. “Vení, Iracema, venía a ver qué cosa imponente”, le dije. Y, pa’ que pudiera ver, la alcé con los brazos y me asomé con ella a la ventana. ¡Pa’ qué lo habré hecho! La pobrecita se llevó tal susto al ver aquella inmensidad de agua, que se sacudió, se me resbaló, ¡y no va y se me cae al agua! ¡Qué desgracia! – terminó el viejo, y se quedó callado.

-Antonio, impaciente, preguntó:

-¿Pero qué pasó?

-¿No te dije que la había criado guacha? ¡La pobrecita no sabía nadar y se me ahogó!

Hubo una carcajada general, pero el viejo Farías permaneció serio, impertérrito. Los miró a todos y sentenció:

-Es la pura verdad – y quedó callado.

Antonio aprovechó para meter baza, queriendo oír la versión del viejo, de la luz mala del viernes de noche.

-Cuenta lo de la tapera del inglés – le dijo, pero el viejo se hizo el desentendido, lo que fue aprovechado por el negro de la mota blanca para intervenir.

-La tapera del inglés es un lugar mal asombrado – dijo en un acento abasileado-. Yo sé algo de la historia porque me la contó Ña Remigia, que la conoce bien. Lo que sé es que el inglés desapareció cuando el asalto de la estancia, en tiempos de la revolución del 97. Un matrero que le decían Manduca ya había querido asaltar la estancia. La primera vez no tuvo suerte, pero después casi toda la gente que tenía el inglés se le fue con la revolución y la volvieron a asaltar. Al inglés le habían quedado solo tres viejos, y quiso mandarlos a todos a la estancia de un amigo. Dos fueron, llevando una carta que el inglés les dijo que era muy importante, cuando en realidad en la carta le pedía al amigo que no dejara volver a los viejos para que no los mataran. Sólo uno no quiso ir – hizo una pausa y sonrió- ¡negro tenía que ser!

-¿Y qué le pasó? – interrumpió Antonio.

El negro lo miró con severidad, tomó el mate que le pasaban, lo chupó largamente, lo devolvió y se acomodó para seguir.

-El estanciero amigo juntó gente y salió a ayudar al inglés, pero llegó tarde. En la madrugada, antes de aclarar, Manduca hizo que tiraran unos tiros para entretener al inglés y al negro, saltó el muro de atrás, sorprendió al negro y lo mató de una puñalada en la espalda. Al oír el grito, el inglés que estaba en el mirador salió afuera, contra la luna, y ahí le pegaron un balazo.

Bueno... dicen que le pegaron, porque había manchas de sangre. Pero nunca más se volvió a ver al inglés.

Hizo una pausa, para encender el pucho apagado y siguió:

-La partida de Manduca esperó que aclarara y entró a la casa, rompieron una puerta, pero no había nadie. Destrozaron todo buscando el oro que era fama que tenía el inglés, pero hallaron ni una onza. Furiosos, le pegaron fuego a todo. Cuando la casa empezó a arder, levantó vuelo del techo una enorme águila mora, esa misma que hasta hoy vuela todos los días sobre la tapera. Hay muchos que dicen – y yo les creo – que esa águila mora es el mismísimo inglés.

-¿Y nunca lo encontraron? – preguntó Antonio.

-No señor.

-¿Y qué pasó con ese bandido de Manduca?

-Shhh... - dijo el negro, llevándose el dedo a los labios y mirando hacia la puerta. Acababa de entrar un hombre que caminó hacia ellos, pasó a su lado sin saludar a nadie y levantó un recado que estaba en un rincón del galpón. Cuando pasó de vuelta, los muchachos vieron que tenía una larga cicatriz en la cara, desde la sien casi hasta el mentón. Todos miraron pasar en silencio y, cuando salía, el negro habló:

-Ese es el nieto de Manduca, y es de mala entraña.

Ya tiene dos muertes por lo menos.

Hubo un silencio general que el viejo Farías aprovechó para arrancar con otra historia.

-Yo de águilas sé poca cosa – dijo -, pero de tarariras sé una barbaridad.

Uno largó la risa.

-¡Otro cuento de tarariras, Don Farías!

Pero los muchachos no llegaron a escucharlo, porque en ese momento entró el padre de Luis y les dijo que se iban.

7 – La tapera del Inglés

Ya en las casas, les contaron a los otros el cuento que habían oído al viejo Farías. El padre se reía:

-Yo les dije que el viejo era un gran mentiroso, de los mejores de Cañada Seca. Siempre está inventando historias fantásticas.

-Le pedí que contara lo de la luz mala – dijo Antonio – pero otro hombre, que no sabía lo que no pasó el viernes, se puso a contar la historia del inglés. ¿Es verdad esa historia o todos eran mentirosos en aquella rueda?

-¿Quién fue el que lo contó?

-Un negro viejo, de pelo blanco.

-¿Medio abrasilero?

-Sí.

-Ese era el negro Sabino, que generalmente no inventa cosas. Repite a veces historias sobrenaturales que otros le cuentan, pero no tiene fama de mentiroso.

-¿Qué fue lo que les contó? – y los muchachos le repitieron, lo más fielmente posible, lo que había dicho Sabino, incluyendo la llagada del hombre de la cicatriz.

-Si – dijo el padre – esa es la misma historia que yo conozco como me la contaba mi abuelo. El inglés desapareció y nunca más se supo de él. Después, primero le llevaron los ganados y, con el tiempo, le fueron ocupando las tierras; hubo, muchos años más tarde, un lote de juicios de prescripción y aquella estancia quedó repartida entre cerca de quince propietarios. Hoy son más, por las divisiones entre los herederos de los primeros ocupantes. Cuando mi abuelo, en 1910, compró la estancia, de la que este campo era parte, ya era leyenda lo del inglés, y sus tierras estaban todas ocupadas. Como nunca se presentó ningún heredero, los que la ocuparon terminaron quedándose con ellas, pero eso fue por los años treinta o cuarenta, antes que yo naciera.

-¿Cómo se llamaba el inglés?

-El último, el que desapareció, se llamaba John Baker. Su padre, el que fundó la estancia, era Richard Baker, y ése era el verdadero inglés. El hijo era uruguayo.

-¿Quién es Ña Remigia, que ese Sabino dijo que sabía toda bien la historia?

-Es una vieja, medio bruja y medio loca, que tiene mucha fama y mucha clientela. Es la curandera más mentada de Cañada Seca, y vive en un rancho a unas cinco cuadras del camino que sale del pueblo y pasa por la tapera del inglés.

-Y la tapera, ¿podemos visitarla? – preguntó Antonio, lleno de curiosidad.

-Supongo que sí. Hoy el campo donde está la tapera es de los Zabala, amigos míos. Como la tapera está bien sobre el camino, no veo que haya

problema en que aten los caballos en el alambrado y entren a mirarla. Si algún recorredor les pregunta algo, tú – y señaló a Luis – le decís quien sos.

-¿Vamos mañana a verla? – propuso Antonio, entusiasmado.

-¡Vamos! – dijo Luis.

-Son dos leguas de ida y dos de vuelta – dijo el padre -, es decir veinte kilómetros. ¿Te parece que tus “músculos hípicas” no sufrirán mucho?

-Creo que no – dijo Antonio sonriendo -, ya me duele poco.

Una preocupación le nubló el rostro:

-¿De día no hay problema de luces malas?

-No, ninguno. Vayan tranquilos.

Pero el día siguiente, y el otro día siguió lloviendo, de modo que se pasaron casi todo el tiempo en el galpón, ayudando al padre en esos trabajos que siempre se dejan para los días de lluvia: estibar y ordenar cosas, engrasar máquinas, reparar herramientas, limpiar aperos.

Antonio encontró que le gustaba “lidiar con los fierros” y le mostró al padre de Luis, muy orgulloso, una guadañadora a la que le había afilado una por una todas las cuchillas, le había cambiado unas guías quebradas, la había ajustado y engrasado. El padre revisó bien y lo felicitó.

-Quedó perfecta. Si seguís así, te voy a recomendar como mecánico en toda la zona.

Como había otros trabajos que hacer, recién el viernes se tomaron la mañana libre para ir hasta la tapera del inglés.

-Es una hora al trote – dijo Luis, y allá marcharon.

Llegaron al pueblo, lo cruzaron y tomaron el camino que salía al otro lado. Era un camino de tierra, poco más de un trillo, sin poblaciones cercanas. El camino primero bajaba una larga ladera, seguía un trecho de escasas ondulaciones y luego venía la aún más larga ladera hacia la cumbre donde estaba la tapera.

Vieron, a mitad del camino, hacia la izquierda, un rancho que – por lo dicho por el padre – tenía que ser el de Ña Remigia, pero a la distancia que pasaron no pudieron apreciar nada.

Cuando empezaron la larga subida, y aunque la había visto el día que fueron de pesca, Antonio volvió a impresionarse con el tamaño de la tapera. Llegaron a ella, ataron los caballos y se bajaron. Desde ese lugar se dominaba el paisaje hasta una distancia considerable en todas las direcciones.

Pese a que su altitud no sobrepasaría los trescientos metros, era un atalaya de donde se divisaba el verde y ondulado panorama de interminables praderas, extendiéndose hasta más allá del horizonte. Campo y campo, poblado de ganado rojizo y ovejas blancas, cortado de vez en cuando por la línea sinuosa del monte nativo que bordeaba un arroyo o una cañada.

-¡Qué lugar bárbaro eligieron! – exclamó Antonio.

El perímetro del casco, de más de media hectárea, estaba rodeado enteramente por un cerco de piedra, bastante más alto que los cercos comunes. Le llegaba a los muchachos por el hombro en los lugares en que estaba intacto. En muchas partes estaba derruido, en buena medida por talas y coronillas que habían crecido protegidos por él, y en parte también por la gente que se había llevado piedras, tal vez para calzadas o cimientos.

Entraron con cierta aprensión, recordando el susto de la noche del viernes. Cautelosamente, se acercaron al arbusto donde había estado la luz mala y lo observaron detenidamente. No había el menor rastro del fenómeno, ni siquiera una hojita quemada.

Respiraron aliviados y siguieron.

Dentro del recinto había varias construcciones en diversos grados de deterioro. En general, sólo quedaban los muros exteriores de piedra. La construcción principal, obviamente la casa del dueño, llamaba la atención por su tamaño. Era enorme, en forma de L, y en algunas pocas ventanas conservaba las gruesas rejas de hierro que habían sido arrancadas en la mayoría de ellas. De marcos, postigos y puertas no quedaba nada, como tampoco de los techos. En la esquina de la casa, arriba, estaban las ruinas de lo que había sido un mirador, aunque más que mirador parecía la garita de guardia de una fortaleza, con ventanitas estrechas, como para disparar un arma estando protegido. Sólo quedaban dos paredes del mirador, las que estaban a plomo con la esquina de la casa. Cuando se acercaron a ella y entraron por lo que debió de haber sido la

puerta principal, vieron que en el ángulo, debajo del mirador, había – en bastante buen estado- una escalera de caracol de hierro fundido.

El piso estaba cubierto de escombros de los techos derrumbados y de algunas paredes internas de ladrillo que también habían caído. Otras se mantenían en pie, con aberturas sin marcos ni puertas.

Varias lagartijas corrieron cuando los muchachos entraron, escondiéndose entre los escombros.

-¡Ojo con las víboras! – advirtió Luis -. Fíjate donde pisás.

Las paredes estaban ennegrecidas, sin que pudieran saber si era por el incendio que la destruyó o por el simple paso de los años. La habitación era enorme, ocupando todo el lado corto de la L. Antonio, mirando en derredor, comentó:

-¡Qué lo tiró que es grande! El apartamento nuestro debe caber dos veces en esta pieza.

En la pared opuesta a la que ocupaba la escalera de caracol, había una enorme estufa de leña, de cuya chimenea sólo quedaba el principio. Yuyos y arbustos crecían en muchos lados, incluso una palmera levantaba su copa varios metros por encima de los muros. Caminando con cuidado sobre los escombros, Antonio se acercó a la estufa. Ésta también estaba construida en piedra. La repisa del hogar era un enorme pedazo de granito rosado, bien trabajado y sin pulir, sobre el que se apoyaba lo que quedaba de la chimenea. Tenía muchos líquenes

adheridos, estaba sucio como el polvo en otros lados, o tal vez era sólo la pátina del tiempo.

El extremo izquierdo era el que estaba más limpio, y observó allí unos puntitos, unos agujeritos que parecían formar una letra P. Lo miró mejor y le pareció que no, y lo iba a llamar a Luis cuando fue éste el que lo llamó

-Mirá lo que agarré - y le mostraba el puño cerrado.

Fue hasta él, preguntándole qué era y Luis, sin abrir el puño, le dijo que era un pichón de lagartija, chiquito.

-¿Qué vas a hacer con él?

-Soltarlo. Estos bichitos son útiles, se alimentan de insectos. Pero quería que lo vieras.

Agachándose, puso el puño en el suelo, con los dedos hacia arriba, y abrió la mano. Antonio se puso a reír, porque el bichito no tenía más de cinco centímetros y salió como una luz, desapareciendo bajo los escombros.

-Vení por aquí – dijo Luis, y empezaron a recorrer la sucesión de habitaciones que habían constituido el brazo largo de la L. De la última, salieron afuera. Después venía un pozo con brocal de piedra, otra construcción larga, de varias piezas, que debió haber sido casa y cocina de peones, otra más pequeña, que conservaba dos paredes interiores – tal vez la casa del capataz- y lo que obviamente había sido el galpón de la estancia, una construcción muy grande – casi como la casa – que debió tenido techo a dos aguas – y no se azotea, como el

resto – porque las paredes laterales eran bajas mientras que la del frente y la del fondo eran de mojinete.

-¡Qué imponente! – dijo Antonio. ¡Lo que debió haber sido esto!

Empezaron a recorrer el perímetro, mirando algunos añorosos coronillas y un más viejo y gigantesco ombú, cuya sombra abarcaba un área enorme. Llegaron a lo que debió haber sido la única entrada del recinto, donde dos gruesos y altos postes de piedra marcaban la abertura. Allí debió habido un portón.

Cansados de la recorrida, se sentaron en una piedra larga y cilíndrica que estaba afuera, contra el muro que le servía de respaldo. Luis empezó a revisar, entre sus piernas, las rayas y vetas que tenía la piedra y comentó:

-Este debe haber sido el banco del inglés, para sentarse a mirar sus tierras.

Permanecieron un rato en silencio. A pesar del soleado día de invierno, la tapera tenía algo de lúgubre. Sin que se dieran cuenta, la tristeza y la melancolía del lugar los había ido invadiendo. Los dos se miraron:

-¿Nos vamos?

Y tomaron el camino de regreso al tranco lerdo, como sin ganas de trotar.

Cuando habían andado unos quinientos metros, se cruzaron con un hombre que venía a caballo por el camino. Era el hombre de la cicatriz, el nieto de Manduca.

-Buenos días – dijo Luis, pero el hombre apenas respondió con un gruñido.

-Cumplido, el hombre – comentó Antonio, cuando se habían alejado un poco.

Pero, si se hubieran dado vuelta, habrían visto al hombre de la cicatriz con el caballo detenido y observándolos atentamente.

8 – Visita a la curandera

Esa noche, después de cenar, Antonio le comentó a Luis:

-¿Sabes que me gustaría ir de nuevo a la tapera?

Primero me pareció que sí, después que no, y ahora me parece de nuevo que sí, que hay algo escrito en la estufa de leña.

-¿Por qué no me lo mostraste?

-te iba a llamar cuando me llamaste vos por la lagartija chiquita, y después se me pasó.

-¿Y qué había?

-Parecía haber una letra, pero estaba sucio y con líquenes. La próxima vez que vayamos miramos bien.

-Será en las próximas vacaciones, porque mañana ya quedamos de ir al pueblo temprano, con el tractor y la zorra, a traer bolsas de ración: de tarde vamos al campo de mi tío, y pasado mañana nos vamos.

El domingo, el padre, la madre, la hermanita y ellos fueron en la camioneta al pueblo, donde se embarcarían de regreso a Montevideo y a las clases. Al despedirse, el padre de Luis dijo a Antonio:

-Fue muy lindo tenerte aquí, y me ayudaste mucho. ¿Cuándo volvés?

-Cuando me inviten – dijo Antonio, contento.

-La casa está abierta para cuando quiera venir.

-Entonces en setiembre, en las vacaciones de primavera.

-Te vamos a estar esperando.

Ya en Montevideo, casi quedó afónico contando en su casa todas las experiencias que había vivido, las cosas que había aprendido, las aventuras y los paseos.

-¿Y Luis no se reía de tus chapetonadas? – le preguntó el padre.

-No. Me enseñaba como hacer las cosas.

-¿Viste? Cada uno en su medio puede ser solidario. O puede ser egoísta y crítico. Me alegro que se entiendan así.

En el liceo y en club de deportes, Antonio les contó a los demás amigos, en detalle, todo lo que había vivido en aquellas dos semanas de campo, haciendo que el ya montevideanizado Luis subiera en la estima de todos.

-¿Aprendiste a andar a caballo?

-Bastante. Por lo menos ahora ni me caigo ni me pelo, que ya es mucho. Pero como voy a volver, ya van a ver qué jinete.

-Hopalong Cassidy – le dijo uno de ellos, y todos se rieron.

Entre las clases, los estudios, las actividades deportivas, el teatro de los viernes y los bailes de fin de semana, los siguientes dos meses pasaron

relativamente rápido, y un tibio sábado de primavera se encontraron los dos sentados en un ómnibus rumbo a Cañada Seca.

Antonio sintió el placer de volver a ese lugar al que se sentía familiar y con el que se había encariñado. Era así como volver a casa después de una ausencia.

Al otro día había de nuevo pencas en aquel almacén y volvieron a ir los cinco, pero esta vez Antonio miraba todo con aire de conocedor. Hasta opinó sobre los parejeros.

Desde que llegaron se habían propuesto ir a la tapera del inglés, pero el padre, que estaba con un peón enfermo, les pidió que recorrieran de mañana y de tarde el potrero donde una majada de ovejas Romney estaba terminando la parición.

-Se encarneraron en la segunda quincena de marzo, y aunque el grueso ya parió, queda un lote de parición tardía.

De modo que el lunes ensillaron la yegua zaina de Luis y el bayo que usaba Antonio y se dirigieron al potrero de las ovejas. Entraron al potrero, y mientras Luis cerraba la portera de cimba, Antonio enfiló al trote hacia las ovejas.

-¡Párate! – le gritó Luis y, y subiendo a su yegua, lo alcanzó, explicándole:

-No cruces por ahí, y menos al trote. No hay que alborotar la majada que está pariendo, porque los corderitos chicos pueden extraviarse de la madre.

Vamos despacito, al tranco y rodeándolas. Si vemos alguna mal echada, que no se puede parar, o con el cordero atracado, entonces nos bajamos y la ayudamos.

Antonio miraba con un placer mezclado con ternura a los corderos más chicos, aquellos amarillos acabados de nacer y los muy blancos, recién lamidos por sus madres. Cómo miró divertido a un pichón de de terutero, pura pata, que se levantó y empezó a correr hasta que, echándose de nuevo, desapareció en el pasto.

Estuvieron tres días en ese trabajo, que tenía mucho más de placer: dos recorridas de mañana y dos de tarde, hasta que se recuperó el peón que lo tenía a su cargo. Entonces sí, resolvieron ir al otro día a la tapera del inglés.

Cuando el jueves de mañana estaba por partir, Luis trajo una bolsita de lona que ató a los tientos, y explicó:

-Llevo una botella con nafta, un trapo y un cepillo de alambre. Vos dijiste que aquello estaba sucio.

-Cierto – dijo Antonio -; fijate si tenés también una tiza.

Cuando llegaron fueron derecho a la estufa de leña y allí, en la gruesa repisa de granito, Antonio le mostró lo que había visto.

-¿No te parece que estos pocitos forman un P?

-Si – dijo Luis y, sacando el cepillo de alambre, limpió el frente de líquenes y tierra. Después, empapó el trapo en la nafta y frotó la superficie. Aparecieron entonces una cantidad de pocitos en todo el frente de la estufa.

-¡Esto es algo escrito! – dijo Luis, entusiasmado.

-Fíjate, aquí hay restos de pintura – señaló Antonio con el dedo.

-Y la primera letra es una R, no una P.

Antonio tomó entonces la tiza y, con cuidado, fue uniendo los pocitos con un trazo. A medida que se iban formando las letras, más emoción sentía, hasta hacerle temblar la mano. Cuando concluyó, en grandes letras mayúsculas, se podía leer: READ THE BIBLE.

-Lee la Biblia – tradujo Antonio, un poco desilusionado -. Esto más bien parece propaganda de los mormones.

Se quedaron un rato observándolo. Después Antonio volvió a mojar el trapo y quitó los trazos de tiza. Con el granito aún mojado, le tiró unos puñados de tierra.

-Por si las moscas – dijo.

Salieron de allí, montaron sus caballos y llegaron a las casas justo para el almuerzo.

Esa noche, solos en el cuarto, el texto escrito en la chimenea seguía dándoles vuelta en la cabeza.

-Sólo que fuera gente muy creyente – dijo Antonio.

-No – dijo Luis -, hay una cosa que no encaja.

-¿Cuál?

-Que ese cartel fue pintado. Esa gente era muy rica. Si hubiera querido poner una leyenda así, lo habrían hecho tallar en la piedra, en relieve.

-¡Cierto! Y eso está hecho a lo bandido. Las letras no son parejas Parece que lo hubieran pintado a la que te criaste y después le hubieran hecho las marcas con un clavo.

-Un punzón, más bien.

-¿Será algún mensaje del inglés?

-No sé.

Luis pensó un poco y agregó:

-¿Por qué no vamos mañana a hablar con la curandera? El negro Sabino dijo que ella sabía toda la historia.

-Pero no le decimos nada del cartel.

Al otro día, de mañana, volvieron a emprender el camino al pueblo y siguieron, al otro lado, el trillo que habían recorrido en la víspera.

El campo estaba lindo. Había llovido bien y la primavera empujaba con fuerza. Las laderas se venían cubriendo de una pelusa verde, como una barba de diez días.

Doblaron en la entrada del rancho de la curandera y anduvieron unos quince metros hasta llegar a él.

El rancho era decrepito, vencido. A su lado una vieja higuera, con el amago de futuras brevas, protegía con la sombra densa de sus hojas ásperas a un barril de agua sentado en un rastrón. En dos latas, a cada lado de la puerta, había malvones aún sin flor.

-No te bajes hasta que ella lo diga – advirtió Luis, y golpeó las manos.

Pasaron dos minutos y nadie apareció. Luis volvió a llamar y de adentro del rancho se oyó:

-¡Momento! Ya voy – y segundos después se asomó a la puerta la imagen de bruja más real que Antonio había visto en su vida.

Era vieja, pero vieja de verdad, encorvada y arrugada, con un pelo largo, sucio y greñado, y un vestido de color indefinido que le colgaba hasta el suelo.

Los observó con unos ojitos oscuros y les dijo:

-¡Abájensen!

Desmontaron los dos, ataron sus caballos a la higuera y se acercaron al extraño personaje.

-Buenos días, señora – dijo Luis -; veníamos a verla porque...

-Si andan buscando una vencedura ²² hoy no puedo. Estoy preparando un cocimiento y tengo que salir a buscar unos yuyos. Así que vengan mañana.

-No señora, no es nada de eso. Queríamos hablarle porque dicen que usted es la que sabe más de la historia del inglés, el de la tapera que está allá arriba.

Ña Remigia los miró con sorpresa y abrió la boca en una sonrisa vacía de dientes. Entró al rancho, salió con un banquito y se sentó, indicándoles que hicieran lo mismo en un tronco que estaba enfrente.

-Si es pa' hablar del inglés, tengo tiempo. Yo siempre tuve tiempo pa 'el inglés, y eso que el a veces me judiaba.

-¿A usted, Ña Remigia? – preguntó Antonio.

-Si a mí. El inglés era divertido, pero también sabía ser diablo cuando quería. Y me discutía de magia y de religión. Él insistía en que las cosas que yo hago por los poderes que tengo, eran en realidad ordenadas por Dios. Yo me reía – clavó sus ojillos en los dos muchachos. –¡Si ustedes supieran!

Antonio sintió un estremecimiento y dio gracias mentalmente por estar fuera del rancho. Juntó coraje y planteó la duda que sentía:

-Pero señora, eso tendría que haber sido como hace cien años. ¿No habrá sido su abuela la que conoció al inglés?

Los ojos de la curandera brillaron intensamente negros y lo miró con una expresión dura.

²² Vencedura o benzedura viene del portugués, benzer (bendecir) y es uno de los métodos mágicoreligiosos más populares en el Uruguay. La realiza el curandero y consiste generalmente en un pase refrendado por un símbolo divino o una corta oración.

-¡Cien años! ¿Y qué es el tiempo? ¿Qué sabés vos del tiempo? ¿Qué sabés de los poderes que hay?

Antonio balbuceó una disculpa y se calló, asustado. La vieja tomó con la mano los collares que pendían de su pescuezo, se balanceó suavemente hacia ambos lados y, mientras murmuraba algo ininteligible, sus ojos parecieron mirar hacia adentro.

De repente echó la cabeza hacia atrás y lanzó otra carcajada estridente.

-¡Éste inglés! Si me hubiera hecho caso y me hubiera traído algo de ella, yo le hubiera hecho una vendedura infalible para su mujer. Pero él llamó al médico – y Ña Remigia escupió con rabia en el suelo -. ¡Yo le dije! Le dije que así ella se iba a morir. Y se murió nomás. Pero él seguía creyendo en el médico, en los rezos y en la Biblia.

Antonio y Luis se miraron, alertas.

-¿Qué Biblia, Ña Remigia?

-La de él. La que tenía allá – y señaló rumbo a la tapera. Soltó otra risa y agregó:

-Si ahora anda como ánima en pena, es culpa de él.

-¿La luz mala es el inglés?

-¿Y quién va a ser?

-No sé. Está eso que dicen del águila mora. Hoy la vimos.

-También. El inglés es bien capaz de ser águila de día y luz mala de noche – y volvió a reírse como si hubiera dicho algo muy gracioso.

-Ña Remigia – terció Antonio, queriendo volver al tema que los había traído -, esa Biblia del inglés, ¿usted sabe dónde está?

La vieja lo miró con aire de sospecha:

-¿Pa' qué querés la Biblia?

-Para verla, debe ser muy antigua.

-Era muy vieja, sí. Y yo la quería pa' mí. No pa' leerla, que no sé, pero tenía unas estampas muy lindas, en colores, que me gustaban pa' colgar en el rancho.

Le pedí muchas veces, y él no quería arrancar ninguna.

Sólo la última vez que lo vi, que venía con la Biblia, arrancó una y me la dio. Pero, ¿nova la mala suerte que un día se desprendió, cayó arriba del fogón y se quemó?

Quedó callada, la mente sumida quien sabe en qué.

-Señora – dijo Luis, suavemente -, ¿cuándo fue que vino con la Biblia y le regaló la estampa?

La curandera volvió lentamente a él, como quien sale de un profundo pozo de recuerdos.

-Venía a caballo, con la Biblia bajo el brazo. Ni se bajó, le arrancó la estampa y siguió rumbo al pueblo. Nunca más lo vi. A los días asaltaron la estancia y no se supo más de él. En la noche de San Juan, fue. ¡Ese inglés! ¡Mire

que andar a los tiros en lugar de prender fogatas esa noche! – y empezó a sacudirse de tanto que se reía.

Los muchachos se pararon, se despidieron y se fueron.

Cuando retomaron el camino pasó sobre ellos, solitaria y veloz, el águila mora.

9 – La botella enterrada

Esta vez el conciliábulo fue a caballo, a lo largo de la media legua que el rancho de Ña Remigia distaba del pueblo.

Los muchachos venían excitados, como en ascuas, por la historia de la curandera. Al mismo tiempo desconfiaban de ella.

-Tu padre tenía razón – decía Antonio -, esa vieja está rechiflada.

-Más loca que gallina atada de la cola – apoyaba Luis.

¿Cómo va a decir que conocía al inglés hace un siglo? Se debe estar creyendo las historias que oyó.

-¿Y si lo conoció? – casi susurró Luis.

Antonio lo miró fijo.

-¿vos creés?

-No sé, no sé qué creer.

Antonio pensó un poco. Sonrió y dijo:

-Bueno, ¿te acordás de la clase de filosofía? ¿Del principio del tercero excluido? Aquí hay solo dos posibilidades: lo que dice la vieja es mentira, o lo que dice la vieja es verdad.

-Cierto.

-Entonces, ¿qué perdemos si suponemos que es verdad y seguimos averiguando?

-Nada. Lo peor que puede pasar es que al seguir averiguando, descubramos que era mentira. Pero aún así, nos vamos a divertir jugando a los detectives. ¿De acuerdo?

-De acuerdo. Vamos a arrancar suponiendo que es verdad. ¿Quién empieza?

-¡Yo! – dijo Luis -, porque ya venía pensándolo. Fíjate una cosa, Antonio, lo que contó Ña Remigia es coherente con el texto que encontramos en la estufa, y entonces el “Leé la Biblia” se transforma en una clave. Quiere decir que el inglés la puso ahí para que buscáramos la Biblia. Esa Biblia.

-O sea – siguió Antonio – algo debe tener la Biblia que el inglés quería que viéramos. Que el que encontrara el cartel y se diera cuenta de que era un montaje y no una propaganda religiosa, saliera a buscar la Biblia del inglés, no cualquier Biblia.

-¡Justo! Y entonces es lógico que, en previsión de que la estancia fuera asaltada, se la llevara a un lugar seguro.

-Al pueblo. ¿Pero dónde en el pueblo?

-Yo diría que en la iglesia – dijo Luis -; ¿no es el mejor lugar para una Biblia? Además, si quería que la encontráramos, tiene que estar en un lugar así. No la iba a esconder donde nadie la encontrara.

-Entonces, ¡a la iglesia! – dijo Antonio, y arrancó al galope.

Llegaron a la capilla del pueblo, se bajaron y entraron casi corriendo. Estaba vacía, golpearon en la sacristía y apareció el cura.

-Dígame, padre, ¿tiene alguna Biblia?

-Claro tengo tres.

-¿Podemos verlas?

El cura los hizo entrar y les mostró tres libros de tamaño medio, de tapas negras.

-¿Son antiguas, padre?

-A ver – dijo el cura y las revisó -; ésta es de 1927, ésta es de 1980 y ésta de 1963.

No padre, éstas no. Buscábamos una Biblia vieja, del siglo pasado.

-No – dijo el cura -, no hay ninguna.

-Tal vez en inglés.

-¡Jamás! Aquí solo entran las Biblias de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana – y puso cara de enojado.

Ya en la calle, miraron alrededor y se miraron.

-¡Yo estaba tan seguro! – dijo Antonio -. ¿Y ahora?

-Quedan dos posibilidades: la comisaría y la escuela.

Fueron hasta la escuela y la encontraron cerrada. Golpearon en la casa de la maestra y no salió nadie. Una vecina se asomó y les dijo:

-La maestra no está. Se fue de vacaciones.

-¡Igual que nosotros, de vacaciones! – se lamentó Antonio.

-Dijo que volvía el sábado de tarde o el domingo de mañana. Las clases empiezan el lunes.

-Las nuestras también. Muchas gracias, señora.

Encaminaron sus pasos a la comisaría y allí repitieron la misma pregunta a un sargento gordo y panzón.

-¿Biblia? Le erraron, muchachos, vayan a la iglesia. Aquí sólo tenemos el reglamento.

Subieron a sus caballos y volvieron al campo, a esperar el retorno de la maestra. Regresaron el sábado al pueblo y no había vuelto. Sacaron sus pasajes a Montevideo para el domingo de tarde y, en la mañana de ese día, fueron otra vez a caballo hasta la escuela.

Con alegría, vieron que la puerta de la casa estaba abierta. La maestra había llegado.

Era una muchacha joven que los atendió con cordialidad, más al saber que Luis había estudiado allí. Cuando le preguntaron si en la escuela había alguna Biblia antigua, respondió:

-Sí, ¿Cómo saben? Es la joya que tenemos en la escuela, porque es muy antigua. Se las regaló un inglés a la primera maestra que hubo aquí.

-¿Podemos verla?

-Vengan. Está en la escuela.

Abrió el local, los levó a una piecita con un escritorio, que era “La Dirección” y de un cajón con llave sacó una caja de madera. Abrió la caja y vieron un libro de grandes dimensiones en cuya tapa de cuero viejo decía en letras de oro “THE HOLY BIBLE”.

-¿Podemos mirarla?

-Con mucho cuidado. Es una reliquia de mil seiscientos.

Ella misma la sacó de la caja, la puso sobre el escritorio y la abrió.

Los muchachos no estaban en condiciones de apreciar una joya bibliográfica, pero igual se asombraron con el libro.

En las hojas en blanco que había al principio, se veían muchas anotaciones en caligrafías antiguas, muchas de ellas casi ilegibles. Antonio leyó algunas con dificultad, y las fue traduciendo. Eran anotaciones, en inglés, de nacimientos, casamientos y muertes de la familia Baker a través de los años.

-¿Podemos ver el final?

La maestra cerró el libro, lo dio vuelta y lo abrió por la tapa posterior.

En la última página había tres anotaciones. La primera mencionaba el nacimiento de John Baker en 1847. La segunda, su casamiento en 1874, y la tercera, que era la más extensa, era una poesía en inglés firmada por el propio John Baker.

-¿Me presta un papel y un lápiz? – pidió Antonio y, temblando, copió íntegro el último texto.

Al mismo tiempo pensaba aceleradamente qué explicación darle a la maestra si preguntaba y, cuando devolvió el lápiz y se guardó el papel, ella preguntó:

-¿Qué es lo que están buscando en la Biblia?

-El abuelo de mi madre era primo del inglés – mintió Antonio – y ella quería saber anotaciones sobre su rama de la familia. No vi nada, pero le copié lo último para ver si sirve.

La maestra quedó conforme con la explicación y, después de agradecerle lo amable que había sido, se marcharon.

-¿Qué decía? – Preguntó Luis en cuanto salieron -. Tu inglés es mejor que el mío.

-Es una clave, una pista que dejó el inglés.

-¿De qué?

-De una botella. Cuando lleguemos lo paso en limpio y lo traduzco.

Cuando llegaron a las casas, lo escribió con buena letra en una hoja de papel. El verso decía:

*It's long time dead
And will not rot
You can put fire
And burn will not
If you find it
You'll find the spot.*

*Walk fifty yards
At twelve o'clock
Towards the sun
(or straight North)
And dig the bottle
Behind the rock,*

Después tomó otra hoja y fue escribiendo la traducción, una traducción literal, sin buscar la rima:

Está muerto hace mucho

Y no se pudrirá

Podés ponerle fuego

Y no se quemará

Si lo encontrás

Hallarás el lugar.

Caminá cincuenta yardas

A las doce en punto rumbo al sol

(o derecho al Norte)

Y escarbá la botella

Detrás de la roca.

Apenas terminó de escribirla los llamaron a almorzar, y concluido el almuerzo fueron a juntar sus cosas para emprender el viaje. Antonio le dio a Luis la versión en español y guardó en su bolsillo la copia en inglés.

-Lo estudiaremos en el ómnibus – le dijo.

-Pero en el ómnibus hay mucha gente y no querían que los oyeran. Se pasaron gran parte del viaje leyendo y releendo el verso del inglés.

-¿Cuánto son cincuenta yardas? – preguntó Luis.

Antonio sacó una agenda, la consultó. Hizo un rápido cálculo mental y contestó:

-Unos cuarenta y cinco metros.

-¿Medidos desde dónde? – suspiró Luis.

Cuando llegaron a Montevideo, ninguno fue a su casa. Se sentaron en un banco de la Plaza Independencia y estuvieron largo rato dándole vueltas al asunto.

-Era nomás como decíamos – dijo Antonio -; el inglés dejó un mensaje para que encontráramos algo que enterró.

-Una botella, pero ¿qué puede haber en una botella?

-No debe ser whisky – dijo Antonio riendo -, debe ser una carta, un testamento, algo que quedaría protegido por estar dentro de una botella.

-Una botella, que está enterrada, atrás de una piedra, a cincuenta yardas... ¿de qué?

-Eso es lo que tenemos que descifrar.

En los días siguientes siguieron y siguieron en inútiles especulaciones, sin lograr avanzar un chiquito.

Y, como sucede a menudo con las cosas insolubles, lo fueron gradualmente postergando en la memoria, sin olvidarlo pero echándolo cada vez más atrás, dejándose absorber por las cosas inmediatas.

Terminó setiembre y pasó octubre con un solo hecho destacado: el cumpleaños de Antonio el 24 de ese mes. La madre de Luis había hablado con la

suya y, para su alegría, recibió dos regalos que se complementaban: de sus padres, un par de botas negras, de caña blanda y, de los de Luis, una bombacha también negra, bien criolla, hecha por la mejor modista de Cañada Seca.

Quedó muerto de ganas de poder estrenarlas.

Noviembre siguió sin novedades. La única fue que el 20 le llegó el turno a Luis de cumplir dieciséis años. Caía sábado y se fue a pasarlo con sus padres, con precisas recomendaciones y exigencias de Antonio de que, sin él, no hiciera investigaciones por su cuenta.

-Lo haremos los dos cuando terminen las clases. ¿Ta? – y se dieron la mano.

El día antes le habían hecho una fiestita de cumpleaños en lo de Antonio, con tres o cuatro amigos más, y la familia le regaló un cuchillo antiguo, con vaina de cuero y mango de plata y oro que el padre había encontrado en la feria de Tristán Narvaja.

-Tenés que encontrar otro para mí – le dijo Antonio a su padre, con un poco de envidia.

-¿Lo cambiarías por las botas?

-No, jamás.

-Entonces espera al año que viene.

Llegó diciembre y se acercaba el fin de cursos, que sería en quince días. En la última semana de clases, el profesor de historia Natural llevó al aula una caja dividida en compartimentos, conteniendo distintos minerales. Empezó a sacar

piedras y a mostrarlas, explicando qué eran. Así habló de granitos, pegmatitas, filitas, basaltos, gneiss, esquistos, de sus orígenes y los lugares del país donde eran frecuentes. Tomó al final una piedra y se la alcanzó al que estaba más adelante.

-Para ti, ¿esto es una piedra? – le preguntó.

-Sí.

-Ahora lo es, por la acción mineralizadora de algunos ríos del Uruguay. Pero esto no siempre fue piedra. Esto tuvo vida, fue madera. Lo que tenés en la mano es un pedazo de tronco petrificado.

Se oyó una exclamación, Luis saltó de su asiento y salió corriendo del salón de clase. Al verlo, Antonio se paró y salió tras él, sordo a los gritos del profesor.

Un adscripto los quiso detener en el patio pero ellos siguieron y salieron puerta afuera. En la calle, Luis se detuvo de golpe y abrazó a Antonio vociferando:

-¡Estaba ahí, estaba ahí, en las narices!

-¿Qué cosa?

-¡Yo le estuve mirando las vetas y los nudos! Antonio lo sacudió:

-¿A qué?

-¡Al banco del inglés! Donde estuvimos sentados, recostados al muro. ¿No te acordás? No era una piedra, yo lo vi. ¡Era un tronco petrificado!

Antonio abrió una enorme boca de asombro.

Cuando consiguió cerrarla dijo:

-“Está muerto hace mucho, y no se pudrirá”

-“Podés ponerle fuego y no se quemará” –completó Luis -. ¿Te das cuenta?

¡La botella está enterrada a cincuenta yardas del barco del inglés!

10 – La carta de John Baker

Los pocos días que faltaban para la finalización de las clases les resultaron una condena, especialmente el concentrarse para algunas pruebas finales. Pero las hicieron y las aprobaron con buenas calificaciones.

El tema era la botella, siempre la botella, sólo la botella. No quisieron contar a nadie lo que tenían entre manos hasta saber qué era realmente. Pensaron que los amigos hasta se podrían reír de ellos, viéndolos ansiosos por una botella de fines del Siglo XIX.

En una ocasión Antonio preguntó:

-¿A vos te queda claro eso de “a las doce rumbo al sol” y la aclaración “derecho al Norte”?

-Sí, claro. A mediodía el sol está en el cenit, y lo tenés exactamente al Norte. Si clavás un palito en el suelo, la sombra es una línea Norte-Sur. Pero tiene que ser el mediodía meridiano.

-Eso es la mitad del día. ¿Pero cómo se sabe?

-Mirá: si el sol, por ejemplo, sale a las seis y se pone a las ocho, tenés catorce horas de luz. La mitad es siete, se lo sumás a las seis y te da la una de la tarde. Para el inglés “a las doce rumbo al sol” era sinónimo de derecho al Norte. Hoy creo que no. Sin ir más lejos, hace poco adelantaron la hora, o sea que

tendríamos que ver en el diario cuándo sale y cuándo se pone el sol y hacer los cálculos.

-Cierto – dijo Antonio -, tal vez en la época del inglés los gobiernos no jorobaban con la hora.

-Igual es fácil.

-Hay otra cosa más fácil que dividir, y sumar, y andar clavando palitos.

-¿Cuál?

-Me llevo la brújula.

Cuando Antonio anunció en su casa que terminaban las clases y al otro día estaba en Cañada Seca, no causó mayor sorpresa. Más bien estaban esperando eso, pero le hicieron prometer que el 23 de diciembre volvería para pasar Navidad con su familia.

-¿No puede ser el veinticuatro?

-Tenés que ayudar un poco. Hay que hacer compras, preparar cosas, no podés llegar a último momento.

-Está bien. Prometido.

Llegaron de tardecita al campo, sin tiempo para salir, pero al otro día, cuando estaba aclarando ya iban al trote rumbo a la tapera del inglés. Antonio iba sentado sobre una pala y Luis sobre un pico.

Se bajaron, ataron los caballos y se acercaron a lo que habían llamado “el banco del inglés”.

-Ahí está el tronco petrificado – dijo Luis.

Era un trozo cilíndrico, de más de un metro y medio de largo y de grueso diámetro, en el cual se notaban vetas y nudos.

-¿No lo habrá movido alguien? – preguntó Antonio.

-Intenta moverlo.

Antonio lo intentó y no pudo desplazarlo un milímetro. Aquello debía pesar más de una tonelada.

Sacó entonces su brújula y miró hacia donde apuntaba la aguja.

A cuarenta o cincuenta metros había varios afloramientos rocosos, como grandes bochas de granito. Miraron los dos en la dirección Norte, poniendo la brújula sobre el tronco petrificado para que quedara quieta, y sólo dos rocas quedaban en línea.

-Debíamos haber traído con qué medir – dijo Antonio.

-No importa, lo medimos con pasos.

-¿Vos sabés cuánto mide tu paso?

-No, pero sé que es menos de un metro, porque una vez mi padre y yo medimos una chacra.

-Bueno, vamos juntos. Vos contá tus pasos y yo los míos.

Cuando llegaron a la primera bocha, Luis dijo.

-Treinta y ocho.

Treinta y nueve – anunció Antonio.

Era pues, la segunda roca. Siguieron hasta ella y Luis contó cincuenta y tres pasos. Tenía que ser allí. Empuñó el pico y marcó a golpes el perímetro de lo que iban a escarbar, del mismo ancho que la piedra. Tomó la pala de Antonio y, metiéndola en ángulo y luego bajándola hasta dejarla casi paralela al suelo, consiguió sacar entero el pan de césped que había recortado. Le pasó la pala a Antonio y le dijo que fuera apilando la tierra en un solo lado. Antonio empezó a escarbar y, cuando la profundidad era del largo de la hoja de la pala, golpeó algo duro. Dejó la pala, se agacharon y empezaron a sacar a mano la tierra suelta.

-Hay un ladrillo – dijo Luis, y rectificó en seguida -. No, son dos ladrillos.

Evidentemente estos habían sido puestos por el inglés para proteger la botella, porque cuando consiguieron levantarlos, la encontraron.

Era una botella verde y grande. Limpiaron primero el pico y vieron que estaba bien tapada, y sellada con lacre. Le sacaron la tierra que tenía adherida y vieron que en su interior había unas hojas de papel enrolladas. El rollo se había expandido y no iban a poder sacarlas por el pico. Había que romperla.

*-Manuscrito encontrado en una botella – dijo Antonio. Yo leí un cuento con ese título, es un libro que me compró papá. No me acuerdo del autor, pero creo que era un inglés o algo parecido.*²³

Después de mirarla bien, resolvieron llevarla como estaba a las casas y romperla allá.

Antes, pusieron otra vez los ladrillos y toda la tierra en el pozo, limpiando lo mejor que pudieron y, finalmente, volvieron a colocar el pan de pasto en su lugar, apisonándolo bien. En cuanto lloviera, aquello quedaría como antes.

-¡Listo! – dijo Antonio.

-Bueno – dijo Luis -, aunque alguien lo encontrara ahora, no sabría lo que había adentro.

-Tampoco lo sabemos nosotros, todavía. Vámonos de una vez.

Aunque tenían ganas de salir a matacaballo, tuvieron la fuerza de voluntad y el cariño por sus cabalgaduras como para marchar a aquel trote rendidor de “dos leguas por hora”.

Volvieron a las casas, desensillaron, lavaron el lomo a los caballos, los soltaron, y se fueron corriendo al basurero a quebrar la botella. Les dio lástima romperla, pero no había otro modo.

Con el rollo de papel en la mano, corrieron al galpón y lo abrieron. Era una carta de John Baker, y decía:

²³ Es un famoso cuento del norteamericano Edgar Allan Poe.

A quien la encuentre.

Querido amigo:

Si estás leyendo esto, quiero creer que no es fruto de la casualidad sino de tu empeño y de lo agudizado de tu mente para descifrar la clave que dejé en la Biblia de los Baker. Tuve que ponerla en inglés para que no desentonara y resultara obvia, cuando todas las anotaciones que contiene están escritas en esa lengua.

Me llamo John Baker, nací en Montevideo en 1847 de padre inglés y madre uruguaya. Por ser rubio y de ojos azules, en la zona me llaman “El Inglés”, como antes le decían a mi padre, que murió hace diez años, en 1887. Me crié en este paraje y en él he vivido toda mi vida, salvo tres años que estudié en Montevideo. Fui a la escuela en el pequeño poblado cercano de Cañada Seca, a una escuela que mi padre mandó construir y para lo que trajo una maestra, haciendo posible que estudiaran los niños de la región, entre ellos yo.

Cañada Seca se empezó a crear justamente en torno a la escuela, allá por 1853, cuando mi padre construía el casco de la estancia e hizo surgir la necesidad de comercios, almacenes, policía y otros servicios.

Me casé en 1874 con Rosaura Gómez, hija de la maestra que había sido mi maestra y que continuaba enseñando en la escuela del pueblo. No tuvimos hijos y tuve la desgracia de perderla muy joven, en 1888, al año siguiente de la muerte de mi padre. Viudo y solo he vivido los últimos nueve años, pero no soy ni un solitario ni un triste. Me gusta la gente, tengo muchos amigos y me considero ducho en muchas cosas, tanto en lides de trabajo como en una partida de taba o

truquiflor. Escribo versos y a veces los canto con mi guitarra, o en la cercana pulpería me trenzo en una payada de contrapunto si aparece un contendiente.

Precisamente por espíritu de competencia he dejado mis claves – las que hallaste y las que deberás encontrar – en una suerte de desafío a un innominado contrincante: tú, ignoto amigo.

Estoy seguro de que serás un muchacho y no un hombre mayor. Sólo los jóvenes tienen fantasía.

Me gusta la gente inteligente, y deberías serlo para desentrañar el significado de mis claves en dos lenguas.

Pero el premio lo merece.

Siempre se dijo en la zona de Cañada Seca que mi padre tenía oro, y algunos intentos de asalto a la estancia lo llevaron a convertirla en una fortaleza.

Es muy común en las estancias que se guarden monedas de oro, a menudo enterradas en una olla de hierro, y supongo que eso es lo que piensan los que hablan del oro de la estancia. Cuando leas el documento que dejó mi padre verás que es otra cosa, mucho más.

Pero tendrás que encontrarlo.

Junto con esta carta hallarás una clave para procurar el documento en el que mi padre cuenta su historia. Lo encontré entre sus papeles cuando murió, en un sobre dirigido a mí. Me imagino que disfrutó escribiéndolo, como disfrutó

*siempre intensamente la vida. Al leerlo, tus impulsos se verán acicateados al confirmar en él la existencia del tesoro. Porque es verdad: **el tesoro existe**.*

De tu capacidad depende el que lo encuentres. Estoy seguro de que aceptarás el desafío.

Podrás preguntarte: ¿Por qué no se va John Baker con su tesoro adonde quiera? ¿Por qué insiste en dejárselo a un desconocido del futuro? ¿Por qué no huye si hay peligro? Puedo responderte:

En primer lugar, porque “adonde quiera” es aquí, en Cañada Seca. No necesito el tesoro, esta gran estancia me produce mucho más dinero del que puedo gastar, aún ayudando mucha gente, como lo hago. Mi padre, además, dejó muchísimo dinero en el Banco, que no hace más que crecer y acumularse. No, no me hace falta el tesoro.

En segundo lugar, no soy hombre de huir. Esta estancia es mi hogar y no voy a permitir que me asalten, que me roben, o que me corran. Amo este lugar y, habiendo ya pasado el medio siglo de edad, no estoy dispuesto a dejarlo e irme a un sitio extraño. ¡Aquí me quedo!

En tercer lugar, el país está en revolución; los bandos se cruzan y entrecruzan por todo el territorio, y nadie puede viajar o trasladarse sin grandes riesgos y penurias.

Ayer, una partida de facinerosos intentó asaltar la estancia. Son esos bandidos que aprovechan la convulsión que vive el país para hacer sus fechorías. No tienen bando ni divisa: si están en territorio del gobierno se ponen

pañuelo colorado y si la región está dominada por los revolucionarios, usan pañuelo y divisa blancos.

Eran como una docena y los comandaba un individuo de mala entraña, que una vez me trajo una tropa y al que llaman Manduca. Tuvimos un largo tiroteo. Mis hombres y yo les bajamos a dos, y al final huyeron porque, despuntando la sierra que está al oeste, apareció la vanguardia del ejército de Aparicio Saravia.²⁴

Esto me ha obligado a ser previsor y a no confiar sólo en mi buena estrella. Por eso, esta mañana muy temprano, fui a dejar la Biblia de la familia al lugar donde obviamente la encontraste. Al regresar, pinté el cartel sobre la chimenea principal de la casa. No quedé satisfecho con ello, pues la pintura puede estropearse o desprenderse con el tiempo. Tomé entonces un punzón y un martillo y grabé el contorno de las letras que había pintado, de modo que aunque pase mucho tiempo, en esa piedra se podrá leer mi "READ THE BIBLE". ¿No fue eso lo que inició tu búsqueda?

Hoy llegó Aparicio Saravia. Fui a visitarlo al campamento y le dije que carnearan el ganado que les hiciera falta. Esta noche el General y dos de sus ayudantes vendrán a cenar conmigo. Les ofrecí quedarse en la estancia; me agradeció pero me dijo que prefería estar con "sus muchachos". Después que los invitados se vayan, aprovechando que hay luna llena, voy a enterrar la botella con esta carta y lo que viene a ser mi tercera clave para ti. ¡Suerte!

²⁴ Caudillo revolucionario uruguayo de fines del Siglo XIX.

Aparicio y su gente se van mañana, y siete de mis hombres se van con él, uniéndose a la revolución. Por lo tanto, me quedo sólo con tres, que son tres viejos. Me dijeron que el General ordenó perseguir y apresar a Manduca y su gente, pero dudo que los atrapen y sé que cuando él se vaya, van a volver. No me importa, siempre he sido un optimista.

Un saludo afectuoso y hasta pronto.

John Baker

Cañada Seca, 23 de junio de 1897

En la última página sólo había un verso, que llevaba como título CLAVE III. El verso decía:

Polifemo de mi tierra

Siempre encarando la nada,

Vive de barriga llena

Y con la boca asombrada.

*Siempre que recurro a él
Consigue calmar mis ansias
Y sabe volver redondo
El cielo sobre mi estancia*

*Cuando lo miro, me miro,
Cuando no estoy, él está.
Si sus entrañas le pido,
Como llorando las da.*

John Baker

-¡Zambomba! – exclamó Luis cuando terminó de leerlo.

11 - Como llorando

-¿Vos entendés algo? – preguntó Antonio.

-Nada.

-¿Qué es Polifemo?

-Polifemo, animal. ¿No leíste la Odisea?

-No. ¿Qué es?

-Un libro de un griego. El mismo que escribió La Ilíada, y que se llamaba Homero.

-¿Homero qué?

-En esa época no tenían apellido.

Antonio desistió de seguir preguntando y volvió a leer el verso de John Baker. Se lo pasó a Luis que también lo releyó, se encogió los hombros y volvió a enrollarlo junto con la carta, poniéndolo sobre el fardo de alfalfa en que estaba sentado.

-¿Dónde lo guardamos?

-En mi cuarto tengo un tubo con mapas. Lo ponemos allí, porque el papel está frágil, ¿viste que se parte con facilidad? Con aire desanimado, salieron del galpón a paso lento, muy distante de la carrera entusiasta en que habían

llegado después de romper la botella. Iban llegando a la casa cuando la madre de Luis los llamó a almorzar.

Comieron poco y sin ganas, revolviendo la comida en el plato.

-¿Qué les pasa? – preguntó la madre.

-Nada, estamos cansados.

-Bueno, entonces vayan a dormir una buena siesta.

Se encerraron en el cuarto pero no a dormir, sino a leer y releer la Clave III, hasta aprendérsela de memoria. Releyeron la carta de John Baker.

-Era un buen tipo – comentó Luis.

-Sí, pero podía haberla hecho más fácil.

-Era un hombre inteligente – siguió Luis.

-Demasiado.

-¿No te gusta John Baker?

-Supongo que sí, pero en este momento querría retorcerle el gañote.

-¿Por qué te está ganando?

-¡Qué vivo! Él es un grandote.

-¿Y?

-Y que igual no nos va a ganar.

-¡Así me gusta! Vamos a seguir estudiando su carta y su clave, hasta desarmarla.

Por todo ese día y el siguiente siguieron obsesionados con el asunto. Ya no leían el verso del inglés: lo recitaban de memoria, lo daban vuelta, lo decían de abajo hacia arriba. Al final, Antonio dijo:

-Hay que darse por vencidos. Vamos a mostrárselo a tu padre y a tu madre, a ver si ellos aciertan. Y yo voy a llamar el mío.

-No se puede – dijo Luis.

-¿Por qué no?

-Porque esto es un desafío del inglés a nosotros, y somos tú y yo contra él. Nadie más. Si hacemos intervenir a nuestros viejos, es como violar un compromiso con John Baker, como publicarle las claves. No señor – agregó en tomo firme -, nosotros aceptamos el desafío y esas son las reglas.

Antonio pensó un poco y concordó:

-Tenés razón, somos nosotros contra él – sonrió y agregó: -¡Y vamos a ganarle!

Le tendió su mano a Luis, éste la estrechó y el pacto quedó sellado. Iban a ser solo ellos dos contra el inglés.

Por eso, cuando el padre preguntó en qué andaban que pasaban tanto tiempo metidos en la casa, respondieron simplemente:

-Estudiando – lo que, en realidad, no era faltar a la verdad.

Pasaron dos días más en un puro devanarse los sesos, sin lograr avanzar un milímetro. Estaban como empantanados.

La madre de Luis los llamó de tarde:

-Muchachos, el tanque de agua está vacío porque hay apagón desde esta mañana y la bomba no puede funcionar. Ayúdenme a traer unos baldes del aljibe.

Llevaron al patio unos baldes vacíos, Luis destapó el aljibe y dejó caer el balde de sacar agua, sujeto a la cadena que pasaba por la roldana. El balde chasqueó en el agua y lentamente se hundió. Se tensó la cadena y Luis empezó a tirar de ella, subiéndolo. Cuando el balde llegó a arriba y Luis paró de tirar, se sacudió, derramando agua. En el aro que formaba el borde inferior del balde de hojalata quedó como una corona invertida de gotas, que caían y se volvían a formar. Antonio lo miró y se le empezó a abrir la boca. Giró la cabeza hasta mirar a Luis casi de reojo y susurró:

-“Si sus entrañas le pido...”

Luis lo miró fijo, con los ojos muy abiertos y completó:

-“...como llorando las da”.

Dejó caer el balde otra vez al fondo del aljibe y, gritando de alegría, se abrazó de Antonio y empezaron un loco baile alrededor del aljibe. La madre empezó a gritarles:

-¡Paren! ¿Qué están haciendo? ¡Dejen de jugar, que necesito el agua!

Con gran esfuerzo pararon, sin dar explicaciones, llenaron rápidamente los baldes de la madre, los llevaron a la cocina y salieron corriendo hacia el galpón. Allí se sentaron en dos fardos de alfalfa.

-¡Qué estúpido, qué estúpido, qué estúpido! – se sacudía Luis, agarrándose la cabeza. ¡Sí está todo clarísimo! ¿Cómo no nos dimos cuenta en el acto?

-Bueno, tan claro no está – respondió Antonio, que no quería ver disminuido su logro-. El balde goteando me dio la idea.

-¡Pero está todo clarísimo! Fíjate: “Polifemo de mi tierra...”.

-¿Qué es Polifemo?

-Ya te dije: el cíclope de La Odisea.

-¿Qué es un cíclope?

-¿No la leíste? Era el gigante o monstruo con un solo ojo. ¿Te das cuenta? El pozo es el único ojo de la estancia, y está “siempre encarando la nada”, es decir mirando hacia arriba, hacia el vacío.

“Vive de barriga llena” – siguió Antonio.

-¡De agua!

-“Y con la boca asombrada”. ¡Redonda como una O!

-“Siempre que recurro a él consigue calmar mis ansias”. ¡Recontraclaro! ¡La sed!

-“Y sabe volver redondo el cielo sobre mi estancia”.

¡Por supuesto! Cuando te asomás a un aljibe ves reflejado un redondel de cielo. Y si mirás para adentro, te ves reflejado, por eso: “cuando lo miro, me miro”; y lo de “cuando no estoy, él está”, ni necesita explicación.

-Y lo que tu resolviste – concluyó Luis-: “Si sus entrañas le pido, como llorando las da”.

-¡Parece mentira! Nos pasamos más de tres días sin resolverlo. Y si no fuera por el apagón...

-Y ahora que lo entendemos, ¡qué fácil parece todo!

-¡Ese inglés! Costó, pero lo resolvimos. ¿Qué pensaría John Baker si pudiera saberlo?

-Creo que estaría contento, era un buen deportista y me parece que su intención al poner las claves era que pudiéramos resolverlas. Pero era ingenioso y creo que buscaba contrincantes que también lo fueran – terminó Luis, con un toque de orgullo,

-¿Y ahora qué hacemos?

-Ya es muy tarde para ir a la tapera. Vamos a preparar todo para mañana. Tenemos que llevar cuerda y linternas. ¿Cómo estás de pilas?

-Regular, pero podemos comprar en el pueblo.

-Hecho. Voy a buscar una cuerda larga que papá tenía por acá.

Dejaron todo pronto, los caballos en el piquete, y se fueron a dormir tempranos, sin jugar esa noche ni al ajedrez ni a las cartas.

12– El secreto del pozo

No pudieron salir todo lo temprano que querían.

Antes de las seis estaban a caballo, con la cuerda y las linternas a los tientos, pero tuvieron que esperar porque recién a las ocho podrían comprar las pilas nuevas en el almacén de Cañada Seca. Ya estaban en la puerta cuando el bolichero abrió, las compraron y salieron a media rienda hacia la tapera del inglés. A las ocho y media estaban asomados al pozo.

Aunque ya lo habían visto y mirado en sus otras visitas, ahora era como si lo vieran por primera vez. Apoyados en el brocal, con las cabezas hacia abajo, observaban todos los detalles.

El pozo era angosto y profundo. El diámetro interno del grueso brocal de piedra apenas superaba los setenta centímetros. Allá en el fondo, como a seis metros de la superficie del suelo, estaba el agua, reflejando el cielo contra el que se recortaban las cabezas de los dos.

El pozo estaba forrado en piedra, por lo menos hasta cierta profundidad, porque después no se veía. Numerosos helechos y otras plantas, creciendo entre las piedras, impedían ver bien las paredes. Si no fuera por la clave del inglés, lo hubieran descartado, como inocente de todo secreto. Después de mirar algunos minutos, Luis dijo:

-Hay que bajar.

Fue hasta donde habían atado los caballos, se colgó una linterna en el cinturón, se echó la cuerda al hombro y regresó.

-Ayúdame – le dijo a Antonio. Y los dos se pusieron a hacerle un nudo a cada tanto a la cuerda, para facilitar el descenso. Después ató uno de sus extremos, con un nudo potreador, a uno de los dos gruesos hierros que subían a ambos lados del brocal y que sostenían el travesaño – con un elaborado trabajo de hierro forjado – donde antiguamente colgaba la roldana. Tiró con fuerza de la cuerda, comprobando que el viejo hierro estaba firme, y la arrojó dentro del pozo: la cuerda llegaba a entrar en el agua.

-El largo sobra – dijo Luis – pero queda muy contra la piedra.

Buscó entonces un grueso pedazo de madera y lo puso sobre el brocal y contra el hierro. Pasó la cuerda sobre la madera y vio con satisfacción que colgaba libre, a un palmo de la pared.

-¡Ahora sí! ¡A bajar se ha dicho!

Se sentó en el brocal, giró levantando las piernas de modo que éstas pudieran colgar dentro del pozo, tomó la cuerda con las dos manos y se soltó.

Bajó despacio, dejando correr la cuerda entre sus dos pies juntos, deteniéndose con ellos en cada nudo y mirando alrededor. Sólo veía piedras, plantas y humedad, una humedad que crecía a medida que iba bajando. Tanteaba las piedras con la mano, buscando un intersticio o alguna de ellas que estuviera floja, pero solo conseguía que se desprendieran algunos guijarros que caían al agua, produciendo un ruido inusualmente alto.

A medida que bajaba, le parecía que el pozo se iba ensanchando, como si no fuera cilíndrico sino levemente cónico.

Hacía frío allí abajo. Tuvo un estremecimiento y un instante de miedo, pero apretó los dientes y siguió bajando.

Cuando su cabeza había pasado los cuatro metros de profundidad y sus pies ya estaban a un par de cuartas del agua, vio una abertura en la piedra, una abertura de no más de un metro de alto y medio metro de ancho. La inclinación de la pared hacía que fuese invisible para quien mirara desde arriba.

Levantó la cabeza y se asombró de lo chico que era el redondel de cielo que se veía desde allí, y en él, recortada y pequeñita, la cabeza de Antonio.

-¡Hay una abertura en la piedra! – gritó.

-Esperá que bajo – retumbó la voz de Antonio.

-No, no. Quédate ahí. Puede ser mucho peso para la cuerda.

Desprendió la linterna de su gancho en la cintura, la encendió y dirigió el haz de luz hacia la abertura, viendo que era un gran hueco. La luz de la linterna entraba y se perdía en las tinieblas interiores.

Giró la luz en su entorno y sólo vio piedra y musgo, ya no había otras plantas por la escasa iluminación.

Volvió a alumbrar la abertura y vio que por debajo de ella sobresalía un trozo de granito rectangular, como un pedazo de poste de piedra y que evidentemente servía como punto de apoyo para entrar en la abertura.

-¡Voy a entrar gritó!

Y sin soltar la cuerda, se agachó y, de costado, pasó por el hueco, la linterna adelante. Aún con la cuerda en la mano empezó a incorporarse con cuidado, giró la linterna en redondo y quedó admirado: estaba en una gran habitación que tenía dos camas, una mesa, sillas y sillones y una gran alacena. El techo estaba sostenido por gruesas vigas, como en una mina, y de una de ellas colgaba una lámpara de queroseno. Ató el extremo de la cuerda a la pata de la mesa y siguió avanzando lentamente. Iluminó las paredes y se llevó otra sorpresa: hasta cuadros había colgados en ellas. Miró de nuevo la alacena, las camas, los restos de una alfombra en el piso adoquinado, pensó que todo aquello era demasiado para él solo, y resolvió llamar a Antonio. Cuando se daba vuelta para hacerlo, se pechó con alguien y casi cayó desmayado al suelo.

Era Antonio que entraba en ese momento. No había podido aguantar la ansiedad allá arriba y había bajado en cuanto sintió liviana la cuerda. Cuando vio la cara pálida y aún desencajada de Luis, exclamó:

-¡Qué jabón, hermano! – Y empezó a reírse a carcajadas hasta que, iluminando alrededor, se cortó de golpe con una exclamación de asombro.

Luis entretanto, le dirigía un chorro de palabrotas, mientras le iban volviendo los colores.

-¿Por qué no gritaste que estabas bajando? Podés matar a alguien de un susto.

Pero Antonio estaba tan absorto que ni lo oyó.

Fue paseando lentamente su haz de luz alrededor de la piza, observando todos sus detalles.

-Esto es fantástico – dijo al fin.

De a poco fueron revisando la pieza. Sobre la mesa había una caja chata de metal, muy oxidada, y dos palmatorias cubiertas de orín que aún conservaban dos trozos de vela. Abrieron la alacena y sus estantes estaban llenos de latas, casi devoradas por la herrumbre, que tal vez hubieran contenido alimentos. Cerca de la entrada, un balde o lo que quedaba de él, con un resto de correa de cuero, que debió servir para sacar agua del pozo. De un varal, en una de las paredes, colgaba un buen número de tiras negras y encogidas, como cueros viejos.

-Charque de cien años – musitó Luis.

En el otro extremo de la habitación había una puerta. Fueron hasta ella y, después de varios intentos y con mucho esfuerzo, consiguieron abrirla. Detrás, había un túnel angosto y de techo más bajo que la pieza. Por él, apenas habrían podido pasar la alacena y la mesa. Lo iluminaron con las dos linternas y vieron que después de ocho o diez metros, doblaba hacia la izquierda.

-¿Te das cuenta que esta pieza se comunica con la casa? – dijo Antonio en voz baja.

-Sí, debía ser para esconderse en caso de peligro.²⁵

²⁵ En los siglos XXVIII y XIX eran comunes los túneles y los aljibes con piezas subterráneas para esconderse. Aún los hay en Montevideo.

Los dos entraron en el túnel y empezaron a avanzar en él. Antonio iba adelante y, al doblar el codo, fue su turno de quedar paralizado de terror: en el piso había un esqueleto humano.

Luis que venía atrás, chocó con él por su súbita detención, pero Antonio lo tapaba y protestó:

-¿Por qué te pa... - y vio también el esqueleto.

Mudos, los dos lo iluminaron. El cráneo estaba hacia ellos y el resto, cubierto en partes por jirones de ropa, se extendía hacia adelante. Al costado, con un hueso del brazo apoyado sobre él, había un rifle herrumbrado. Ninguno de los dos se animó a pasar sobre el esqueleto, ni a tocar el rifle. Se miraron y retrocedieron rápidamente hacia la pieza, casi corriendo.

-¡La pucha! – dijo Luis, sentándose en una silla, después de probar si estaba firme-. ¿Vos creés que será el esqueleto del inglés?

-Si dijo Antonio -, tiene que ser él, y esto explica la historia de la desaparición. ¿Quién otro podría ser?

-¿Te acordás que dijeron que estaba herido? Debió ser grave, porque se ve que bajó el túnel y no tuvo fuerzas ni para llegar a la pieza.

-¡Pobre inglés! Tener que morir solo...

-Bueno no podemos dejarlo ahí – clamó Luis. Hay que enterrarlo.

-¿Vos te animás a agarrar la calavera y los huesos?

-Este...

-Bueno, yo tampoco.

-Sí, pero hay que enterrarlo. Se lo debemos al inglés.

-Entonces habrá que traer una caja y poner todos los huesos en ella. ¿Tenés aguantos?

-¿Para qué?

-¿Para qué te parece?

-Sí, claro. Mañana venimos con una caja.

-Y los guantes – volvió a decir Antonio.

Hubo un largo silencio entre ambos, aún emocionados por el hallazgo. Sentados y callados permanecieron un largo rato.

A su manera, estaban velando a John Baker.

Tiempo después, Luis habló:

-La luz de las linternas se está debilitando, y aún no tenemos lo que vinimos a buscar.

-Es cierto, ¡la clave! Con todo esto ya ni pensaba en ella.

Miró la caja de metal que estaba sobre la mesa y agregó:

-Debe estar ahí.

Luis tomó la caja, la abrió y vio que en su interior había varias hojas de papel amarillento.

No las sacó sino que volvió a cerrar la caja, se aflojó un poco el cinturón y la metió, hasta la mitad, dentro del pantalón.

Desató la cuerda de la pata de la mesa y se la alcanzó a Antonio:

-Vámonos. Esperá que yo llegue arriba y te sacuda la cuerda para subir vos. Yo llevo la caja. Llévate las dos linternas.

Cuando llegaron a la casa y se instalaron en el cuarto, Luis abrió la caja y sacó varias hojas dobladas al medio. Al abrirlas, vieron que estaban escritas en una letra distinta.

-Es el documento del inglés viejo – dijo Antonio.

Lo pusieron sobre una mesita y juntaron las cabezas para leerlo.

13 – El manuscrito de Richard Baker

Mi nombre es Richard Baker, nací en Manchester en el año de 1819 y esta es mi historia (o la parte de ella que quiero contar).

A fines del Siglo XVI, concretamente en el año de 1577, un antepasado mío llamado John Christian Baker se enroló como artillero del “Pelican”, la nave capitana de la expedición corsaria de Francis Drake.²⁶

Con él llegó al Río de la Plata, por primera vez, en abril de 1578 y con él siguió su largo periplo que, después de dar la vuelta al mundo, concluyó en Londres en 1580, lleno de éxito, dinero y honores. El éxito, el dinero y los honores fueron para Drake, por supuesto, no para mi antepasado.

Por mucho tiempo se ha dicho que en el Uruguay que Francis Drake (no era Sir todavía), enterró un tesoro en sus costas y nunca regresó a buscarlo.²⁷

Esa misma historia ha sido tradición en mi familia por muchas generaciones, pero con una gran diferencia: John Christian Baker había estado allí con Drake, sabía exactamente qué se había enterrado, dónde se había enterrado y – lo más importante - ¡le dejó a su hijo el plano del tesoro!

Ese documento estuvo guardado – escondido, debería decir – en la familia por casi dos siglos hasta que, a principios de este Siglo XIX que vivimos, mi

²⁶ Francis Drake zarpó de Plymouth con cinco naves, el 13 de diciembre de 1577: la mayor, era el Pelican de 240 toneladas (rebautizado Golden Hind por Drake antes de entrar al Estrecho de Magallanes), la Elizabeth (80 ton.), la Marigold (30 ton.), el buque-almacén Swan (50 ton.), y la pinaza Benedit (15 ton.). Era una flotilla de buques pequeños en la que sólo embarcaron 160 hombres. La Marigold era capitaneada por su hermano Thomas Drake y llevaba como paje a su primo John Drake de 15 años.

²⁷ Lorient, historiador del Perú, menciona “el tesoro enterrado por el mismo Drake en unos médanos del Río de la Plata, enfrentados a unas islas”.

abuelo se decidió a buscarlo. Fue cuando se enteró de la expedición que se estaba preparando en 1806 para arrebatarse a España sus colonias del Río de la Plata²⁸, después de la primera tentativa de mediados de ese año. Con una copia del mapa del tesoro, mi abuelo se enroló como soldado del ejército que estaba reuniendo Sir Samuel Auchmuty y así llegó al Río de la Plata. Desembarcó primero en Maldonado y desde allí marchó al asalto de Montevideo. Pero mi pobre abuelo tuvo mala suerte: murió de un sablazo en la batalla del Cardal y no llegó a buscar el tesoro. Felizmente, nadie se hizo de su mapa.

Casi cuarenta años después yo me decidí probar suerte. Hice una minuciosa copia del viejo mapa, la cosí en el forro de mi gabán, me enrolé como marinero en un barco mercante y, en este navío cargado de productos y telas, desembarqué en Montevideo en 1845.

La ciudad estaba en guerra y en manos de los franceses²⁹, cuya escuadra bloqueaba el puerto. La población era casi en su totalidad extranjera: regimientos franceses, batallones italianos y alguno más de negros africanos.

Los habitantes criollos, en especial los hombres, se habían marchado y – del otro lado de las murallas que protegían a Montevideo – luchaban por expulsar a los invasores, poniéndole sitio a la ciudad.

Los primeros tres meses – tiempo en que permaneció mi barco en puerto – continué viviendo y trabajando en él. Por causa del ejército sitiador no podía salir de la ciudad a emprender la búsqueda del tesoro, de modo que tuve que

²⁸ Las Invasiones Inglesas al Río de la Plata, 1806-1807.

²⁹ La Guerra Grande, 1837-1851.

permanecer allí, tratando de aprender algo de español con los pocos que aún quedaban y lo hablaban.

También traté de confirmar algunos detalles geográficos de mi mapa, y me llevé una sorpresa: el plano de mi antepasado ubicaba el tesoro enterrado próximo al Cabo Santa María, que yo ya había encontrado en un mapa de la costa, pero resultó que no era ése.

De un modo casi accidental, buscando mapas en el antiguo Cabildo de la ciudad, vi la copia de un viejo mapa – una carta de navegación española – que ubicaba a aquel Cabo muy próximo a la población de Maldonado y no mucho más al este, como mostraban los demás mapas que había visto. Fui a consultar al capitán de mi barco y éste me informó que, efectivamente, el antiguo nombre había mudado.³⁰ El plano de mi antepasado era, pues, de Maldonado.

Con esta seguridad, solo me restaba esperar, armado de paciencia, el cese de las hostilidades. Procuré y conseguí un lugar donde vivir, vi que trabajando de carpintero podría sostenerme adecuadamente y, cuando mi barco se preparaba para partir, me di de baja, y me quedé en Montevideo.

Al año siguiente me casé, con una rubia hija de españoles y, a principios de 1847, nació mi único hijo, al que llamé John.

La guerra siguió largo tiempo. Recién a fines de 1851, cuando John ya tenía cuatro años y se acercaba a los cinco, se hizo la paz y pude prepara con tranquilidad mi ida a Maldonado. La carpintería había progresado en esos años, había abierto una tienda de muebles y andaba ahora levita. Dejé a mi

³⁰ El Cabo Santa María del siglo XVI era Punta del Este, hasta que a los geógrafos españoles del siglo XVIII se les ocurrió fijarlo donde está ahora.

mujer a cargo de la tienda y del niño y, montando mi mejor caballo, partí hacia el antiguo Cabo de Santa María. Me hospedé en Maldonado y empecé la búsqueda.

Me costó sólo una semana encontrar el tesoro de Francis Drake. O el plano de mi antepasado era tremendamente preciso o tuve una enorme suerte, pero ese séptimo día mi pala golpeó contra algo muy duro, y allí estaba. Había sido difícil escarbar sin que me viera algún paseante o pescador, pero mucho más difícil era ahora llevarme el tesoro. Los arcones originales se habían casi desintegrado y, si hubieran estado enteros, me habían hecho falta varios hombres para cargarlos.

Volví a tapar la parte del arcón que se veía, disimulé la excavación clavando ramas de algunos arbustos, subí a mi caballo y salí a procurar un vehículo de carga. Al otro día era el dueño de una fuerte carreta tirada por tres bueyes. Compré entonces en un molino de Maldonado lo que podía estimar como media carga de harina y, en una noche de luna, sin usar ninguna luz, volví al lugar, descargué las bolsas de harina y empecé a cargar barras de plata y oro, así como tres bolsas pequeñas llenas de grandes esmeraldas. No quise llevar los doblones españoles del Siglo XVI ni las alhajas porque podían llamar mucho más la atención al querer venderlos. Dejé también una buena parte de los lingotes, porque mi carreta no daba más. Cubrí la preciosa carga con las bolsas de harina, volví a tapar el resto del tesoro, dejando todo como estaba antes, eché las ramas en la carreta y, con una de ellas, fui borrando las huellas de la arena a medida que me alejaba.

Demoré cinco días en llegar a Montevideo. Por suerte era verano, no había barro y los pasos de los arroyos estaban bajos, con lo que mi pesada carreta marchó lento pero segura.

Entré a la ciudad por el Portón de San Juan y metí la carreta en el corralón de la carpintería. Desde allí, fue fácil trasladar todo hasta mi casa, en sucesivos viajes.

Pero quedaba el problema de convertir todo aquello en dinero sin crear sospechas por transformarme súbitamente en un hombre poderoso. Decidí entonces ir a Inglaterra. Se lo expliqué a mi mujer, que aún no se recuperaba del asombro de ver tanta riqueza, y ambos esparcimos la noticia de que había muerto un pariente muy rico y yo me iba a cobrar la herencia.

Distribuí el oro y la plata en varios baúles, puse las esmeraldas en mi maleta de mano y, en una goleta-paquebote, zarpé rumbo a Londres.

En el Bank of England transformé los lingotes en libras esterlinas e hice transferir esa fortuna a un banco de Montevideo. Después fui a Ámsterdam – porque así me lo habían recomendado – a negociar las esmeraldas.

El comerciante de gemas me preguntó por el origen que tenían y le dije que había vivido los últimos cinco años en Colombia. Me habló entonces en español, le respondí en la misma lengua y cerramos el trato, por una suma aun mayor que la de oro y la plata. Me embarqué de regreso al Río de la Plata,

trayendo conmigo una impresionante cantidad de “sovereigns”³¹ y, en un frío día de agosto, desembarqué en Montevideo, un hombre rico.

Compré una estancia de unos 50.000 acres³², ganado vacuno y ovejas, y construí una gran casa con todas las comodidades y lujos que el dinero te permite. La carpintería y la tienda se las regalé a mis empleados y me fui a vivir al campo con mi mujer y mi hijo.

Recién diez años después, cuando John era un muchacho, volvimos a Maldonado, extrajimos el total del tesoro, lo llevamos a la estancia y lo escondimos.

Nos hizo mucha gracia cuando, hace cosa de cinco años, parecieron unos ingleses y anduvieron buscando el tesoro de Drake. Tal vez hasta un plano tenían. A John y a mí nos daban ganas de ir a Maldonado y sentarnos a ver cómo escarbaban y sudaban en procura de algo que ya no estaba allí.³³

Demasiado dinero no le hace bien a los hombres.

Por eso, el tesoro sigue hoy escondido en la estancia.

Cuando yo muera, John sabrá qué hacer con él.

Cañada Seca, 23 de octubre de 1880.

Richard Baker

³¹ Libra esterlina de oro.

³² Unas 20.000 hás.

³³ En 1875, cuando el Gobierno de Máximo Tajes, llegaron a Uruguay unos ingleses que solicitaron autorización para buscar el tesoro de Francis Drake en Maldonado. El gobierno nunca les dio respuesta. Los ingleses hicieron algunas excavaciones y un día se fueron. Por eso el lugar cercano a la ciudad de Maldonado donde hicieron su búsqueda se llama hoy El Tesoro.

14– La última clave

Cuando terminaron la lectura, Antonio y Luis permanecieron un buen rato en silencio, digiriendo lo que acababan de saber. Antonio tomó de nuevo el documento, lo releyó y, de repente explotó:

-Pero, ¿te das cuenta? ¿Te das cuenta! No es una olla con monedas de oro. ¡No! ¡No! Es mucho más. Muchísimo más. ¡Es el tesoro de un pirata!

A Luis no le salió nada. Seguía como paralizado, anonadado por la magnitud de la cosa.

-Hay otro documento en la caja – alcanzó a decir.

Antonio volvió a abrir la caja y, en efecto, había unas hojas de papel dobladas en cuatro y, debajo de ellas, un pequeño estuche de cuero. Abrió primero el estuche y encontró una cartulina, destacándose contra el cuero oscuro, había dos grandes y amarillas monedas de oro.

Antonio cerró de golpe el estuche, como asustado, y luego empezó a abrirlo de nuevo, lentamente, como dudando de lo que había visto y queriendo vichar despacio si era verdad.

Y era verdad: las monedas de oro seguían allí. Los dos empezaron a saltar, a gritar, a palmotearse, hasta que, serenándose un poco, volvieron a sentarse, tomaron las monedas y empezaron a examinarlas. Ambas eran iguales, tenían

le efigie de alguien que debería ser un rey y, en la descripción que las circundaba se leía el año 1575: ¡eran doblones del Siglo XVI!

Luis dejó la moneda sobre la mesa, tomó las hojas de papel dobladas y las abrió: era otra carta de John Baker. La extendió sobre la mesa y ambos se pusieron a leer.

Mi querido e ingenioso buscador:

Me complacería mucho que estuvieras leyendo esta carta, pues significaría que has sorteado la clave que llevaba al pozo, mejor dicho a la pieza junto al pozo, y ya estás a un solo paso del final. Sabes ahora de qué tesoro se trata. ¡Sorpresa! Estoy seguro de que no lo esperabas.

Hace diez años tu búsqueda habría terminado hoy, pues hasta la muerte de mi padre el tesoro estuvo guardado ahí. En ese entonces, diversas circunstancias me obligaron a cambiarlo de lugar.

Una fue que tenía que hacer limpiar el pozo, que con los años estaba parcialmente cegado y, aunque traté de cerrar con adoquines la abertura de la pieza, se notaba que era una cosa reciente, sin pátina ni musgo, que podría hacer pensar a los poceros que había algo detrás, y éstos eran gente del propio pueblo de Cañada Seca. Además, se había derrumbado, debajo de la casa, el principio del túnel. Lo reparé con gente de confianza, diciéndoles que era una bodega (puse varios cajones de vino para ello) y no les dejé pasar la puerta,

pero no quedé totalmente tranquilo: siempre hay charlas en los boliches. Entonces, yo solo trasladé el tesoro. A ti te toca ahora encontrarlo.

Creo que es una de las claves más fáciles. Al final resolviste el mensaje de leer la Biblia, encontraste “el tronco muerto que no se pudre ni se enciende” y ahora has derrotado al “Polifemo de mi tierra”. ¡Bravo!

Ayer te escribí una carta, la que enterré en la botella. Hoy, día de mi Santo (San Juan) te estoy enviando la que creo que será la última. Lo creo por dos cosas: una, que siendo la última clave, no tengo adónde remitirte cartas posteriores, lo que me apena. En este desafío contigo, muchacho, te he tomado cariño. Dos, que no sé qué va a pasar conmigo. Hoy se marchó Aparicio Saravia con su ejército. Al atardecer vi, como a una legua, un grupo de doce o quince hombres costeanado la sierra. Puede haber sido Manduca con más gente. Y sólo quedamos para defender la estancia el negro Jacinto y yo. Al negro viejo no hubo forma de disuadirlo de su propósito de quedarse conmigo.

“Yo también soy de aquí”, me dijo, y me enterneció hasta las lágrimas. A los otros dos viejos espero que los retengan en la estancia de Etchemendi, adonde los, mandé.

Estamos bien de armas, y en eso superamos ampliamente a Manduca. El año pasado, después del primer alzamiento de Aparicio Saravia y previniendo lo que se venía, hice traer de los Estados Unidos una docena de los nuevos rifles de repetición Winchester y unas doscientas cajas de balas. Manduca por lo que vi en el asalto de anteayer, sólo tiene Remingtons de un tiro.

En este momento, Jacinto está de guardia en el mirador, con seis rifles cargados. Yo estoy abajo escribiéndote con los otros seis Winchesters a mano.

Después nos turnaremos, día y noche. Nos queda, como último recurso, la pieza del pozo donde encontrarás esta carta, aunque eso significa que los vándalos arrasarán la estancia y tal vez la incendien. Pero aún así no encontrarán la entrada al túnel, que es una obra de ingeniería: hay que saber donde apretar para que gire.

Termino esta carta y bajo a la pieza del pozo para dejártela. Espero tener suerte, pero si no la tengo, espero que la suerte sea tuya, mi querido amigo del futuro.

Que Dios te bendiga.

Hasta siempre.

John Baker

Cañada Seca, 24 de junio de 1897.

Antonio y Luis con los ojos húmedos, permanecieron un rato más callados, al terminar la carta.

Después, con un suspiro, Luis dijo:

-¡Pobre inglés! Si hubiéramos podido avisarle...

-¿Cómo? Eso fue como hace cien años.

-¿El “túnel del tiempo”? – dijo Luis, y esbozó una sonrisa.

-En cierta medida esto lo es. Nos estamos comunicando con un hombre del siglo pasado.

-Bueno, en realidad él se ha comunicado con nosotros.

-¿Y no te parece como que lo conocemos a John Baker? ¿Cómo que es un amigo? – dijo Antonio. Luis se rió:

-El otro día querías retorcerle el gañote.

-Bueno...eso no era con él en realidad. Era con la clave que no podíamos descifrar. Y a propósito, ¿dónde está la clave? ¿La última clave?

Levantó la última página de la carta y, en la hoja de abajo, decía:

CLAVE FINAL

Al juntarse las dos cruces

A cinco días de verano

Hallarás a medianoche

Lo que tantos procuraron.

John Baker

P.S. ¡Te dije que era fácil! J.B.

Luis leyó la clave en voz alta, la volvió a leer y empezó a reírse a carcajadas.

15– El hombre de la cicatriz

Era 22 de diciembre cuando encontraron la habitación del pozo en la tapera del inglés y, al día siguiente, Antonio debía regresar a Montevideo para pasar Nochebuena con los suyos.

Pero estaba como con hormigas. La risa de Luis al leer la última clave lo hizo creer que la había descifrado en el acto, pero no logró arrancarle nada.

-¿De qué te reías?

-De nada.

-Solo los idiotas se ríen de nada. ¿Sabes qué quiere decir la clave?

-Tengo una idea. Déjame confirmar algo primero. No quiero ilusionarte inútilmente. Entretanto, ¿por qué no te la estudiás bien?

-¿Querés que te la recite? ¡Dale, largá!

-No. Si no estoy seguro no. Mientras vos vas a Montevideo yo la pienso y vos también. Fíjate que aunque consiguiéramos descifrarla ahora, no podríamos hacer nada hasta que vuelvas. ¿Ta?

-Es cierto.

-Lo que tenés que hacer es volverte enseguida. El mismo día de Navidad, si podés. Como máximo, tenés que estar aquí el 26. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

De tardecita fueron a caballo hasta el pueblo, porque Antonio quería comprar, para llevar a su casa, unos quesos criollos que allí se vendían. Ataron sus caballos junto a otros y entraron al boliche cuyo cartel anunciaba:

“ALMACÉN Y DESPACHO DE BEBIDAS”

El boliche tenía un mostrador largo, la mitad del cual estaba destinado al almacén. A un lado, había dos mesas con unas pocas sillas. Una de las mesas estaba vacía, pero sentados a la otra se encontraban bebiendo caña los dueños de los caballos que habían hallado afuera: el hombre de la cicatriz y otros dos individuos mal entrazados.

Antonio lo miró con rabia y le susurró a Luis:

-¡El nieto de Manduca! ¡Cómo me gustaría estar aquí con el inglés!

-Shhh... - hizo Luis, y agregó en voz alta -. –Aquí están los quesos.

El bolichero vino a atenderlos, Antonio eligió dos quesos y el otro se los envolvió. Cuando fue a pagar, metió la mano en el apretado bolsillo del vaquero y, al sacar el dinero, el doblón de oro que había guardado cayó y rodó por el piso.

Rápidamente le puso el pie encima, se agachó, lo tomó y volvió a guardarlo. Pero el hombre de la cicatriz lo había visto y se había puesto de pie.

-Déjame ver eso – le dijo.

-¿Por qué? Es una moneda que gané en un campeonato de ping-pong.

-Mostrámela.

-Ni pienso. Es mía y no tengo por qué mostrársela.

-¿No la habrás encontrado en la tapera del inglés?

Ustedes han andado mucho por allí. Demasiado, colijo yo. ¿Qué andaban haciendo?

-Jugando.

-Y cazando lagartijas – agregó Luis.

Enseguida, tomando el paquete de los quesos, salieron del boliche, seguidos por la mirada larga y torva del hombre de la cicatriz.

Ya a caballo y rumbo al campo, dijo Antonio:

-¡Qué macana que justo se me fuera a caer ahí!

-Bueno, no importa – dijo Luis -, aunque revise toda la tapera, aunque descubra la pieza del pozo, no va a encontrar nada. Ni oro ni claves.

-Sí, pero me dio rabia. Y además, ese nieta de asesino se puede ir a la...

-Bueno, no lo vas a pelear ahora.

-¿Se habrá creído lo de la medalla?

-No sé. Parece desconfiado como mula tuerta.

-¿Por qué le hablaste de lagartijas?

-Porque allí hay muchas, y eso es lo que él podía entender. ¿Te creés que un tipo así sabe algo de ecología? ¿De qué nosotros no matamos bichos?

-Más bien no – dijo Antonio y se rió.

Cuando estaban desensillando, comentó:

-Bueno, mañana tempranito, a casa.

-No – le dijo Luis. Te estás olvidando de una cosa.

Te irás en el ómnibus de la tarde, porque en la mañana, tempranito, vamos a enterrar al inglés.

16– Mal encuentro y buen entierro

Cuando llegaron al pozo, además de la cuerda con nudos ataron también una piola larga y fuerte.

Antonio bajó primero y esta vez, cuando estaba abajo, Luis bajó con la piola y la gruesa caja de cartón que habían llevado. Cuando Antonio le gritó que ya la tenía, bajó él.

Cruzaron rápido por la pieza del pozo, casi sin mirarla, entraron al túnel y llegaron a donde estaba el esqueleto del inglés. Pasaron sobre él con cuidado y siguieron hasta el principio del túnel, donde la escalera de piedra subía hacia la casa. Una gruesa y oxidada palanca de hierro no cedió un ápice cuando ambos se colgaron de ella: tal vez el derrumbe de paredes y techo había bloqueado la puerta secreta.

Volvieron hacia atrás hasta el esqueleto, Antonio puso la caja en el suelo y la abrió. Luis tomó la calavera con las dos manos y la depositó con suavidad en la caja. Acostumbrado a lidiar con animales muertos, con carnizas y osamentas, no tenía reparos en agarrar los huesos. Antonio, en cambio, vacilaba:

-¡Si hubiéramos conseguido los guantes!

-Déjate de partes. Alcánzame el hueso que está sobre el Winchester y sacá el rifle para atrás.

Después del primer hueso, Antonio empezó – ya sin visible reluctancia – a juntar los demás huesos, hasta los más pequeños, alcanzándoselos a Luis que los iba acomodando en la caja.

Cuando terminaron, revisaron bien con la linterna para comprobar que no quedaba ningún huesito.

Moviendo con el pie los jirones de ropa, apareció lo que quedaba del cinto del inglés: una gran hebilla de plata y oro con las iniciales JB.

-Ahora sí, no hay duda que es él – dijo Luis.

Llevando uno el rifle y el otro la caja, volvieron a la pieza. Antonio puso el Winchester sobre la mesa y, después de algunas deliberaciones, activadas por el recuerdo con el doblón, resolvieron dejar allí también la hebilla del inglés. Más adelante volverían por ella, pero por ahora era mejor que nadie la viera. Con todo, Antonio no quiso dejarla a la vista y, sacándose el chicle que estaba masticando, se agachó y la pegó en la parte de debajo de la alacena.

Ataron bien la caja a la piola con que la habían bajado y, mientras Luis la sostenía, Antonio subió por la cuerda. Atrás de ella subió Luis.

Cuando asomó la cabeza fuera del pozo, Antonio le tendió la mano para ayudarlo a salir, y fue entonces que Luis tuvo el sobresalto de ver, a espaldas de su amigo, que tres hombres se acercaban y los rodeaban: ¡el hombre de la cicatriz y sus dos compinches!

Rápidamente, saltó del pozo y tomó la caja con ambas manos.

-Dame esa caja – dijo el hombre de la cicatriz.

-Esto usted no lo toca – respondió Luis, y dio un paso atrás. El otro avanzó amenazante y Luis, poniendo la caja bajo el brazo izquierdo, echó mano a la cintura y sacó el cuchillo con mango de plata y oro que la familia de Antonio le había regalado.

-No se me acerque – le dijo con voz de hombre.

Antonio, entretanto, giró rápido en torno al pozo, tomó un hierro que estaba en el suelo y, blandiéndolo, se puso al lado de Luis, maldiciendo mentalmente que su padre hubiera resuelto dejar para el año siguiente el regalo de un cuchillo.

El hombre de la cicatriz se detuvo, pero los otros dos se abrieron y avanzaron en círculo, intentando rodearlos. Antonio y Luis empezaron a girar hasta ponerse espalda contra espalda.

-Dame esa caja – volvió a decir.

-Al que se arrime le reviento la cabeza de un fierrazo – respondió Antonio.

-¿Qué tienen en la caja? – Dijo el otro con sorna-. ¿Más medallitas de campeonato?

Los muchachos no le contestaron y, caminando de costado, empezaron a moverse tratando de pasar por el espacio mayor entre los otros dos hombres, pero uno de ellos se corrió para ese lado y sacó un cuchillo de aterradoras dimensiones. Con disimulo, empezaron a moverse en sentido contrario, hasta

quedar equidistantes de los tres facinerosos, quedando el que había sacado el cuchillo entre ellos y los caballos.

-Yo sé lo que han andado buscando.

-Si sabe, ¿para qué pregunta? – retrucó Luis.

-Yo no pregunto, yo mando. ¡Obedezcan!

-Por las buenas es mejor, muchachos, porque por las malas van a salir tajeados – agregó el del cuchillo grande.

-Y como se me está acabando la paciencia, vamos a terminar con esto – dijo el de la cicatriz y, echando mano a la cintura, sacó un revólver con el que les apuntó.

-Se acabaron las bobadas – siguió-, así que largá ese cuchillo, vos el fierro, y pongan la caja en el suelo.

Antonio y Luis quedaron inmóviles, tratando de no hacer ningún movimiento, pero no se achicaron y volvieron a insistir.

-Esto no tiene nada que les interese. Son unos huesos que llevamos para enterrar – dijo Luis.

-¿Huesos? ¿Qué huesos?

-Los huesos del inglés que mató el asesino de tu abuelo – dijo Antonio con rabia.

-¡Hagan lo que les dije! – tronó el otro-. ¡Larguen el cuchillo, el fierro y la caja, o los quemo!

Lentamente, Luis abrió la mano y dejó caer su cuchillo, al tiempo que Antonio hacía lo mismo con el fierro. Después, Luis tomó la caja con las dos manos y la depositó con suavidad en el suelo.

El hombre de la cicatriz se acercó a la caja, la abrió y, para su sorpresa, se encontró con que le habían dicho la verdad y que en la caja sólo estaban los restos de John Baker. Se incorporó soltando una maldición y le dio un puntapié a la caja, que se volcó desparramando algunos huesos.

Callados, Antonio y Luis volvieron a juntar los huesos, enderezaron la caja, los pusieron dentro de ella y la cerraron.

-Donde estaban esos huesos debe haber otras cosas - dijo el hombre de la cicatriz – así que yo voy a bajar al pozo. Ustedes vigílenlos que no se vayan.

El del cuchillo grande les ordenó que se sentaran en el suelo mientras el jefe de la gavilla ponía otra vez el revólver en la canana, se metía por el brocal y empezaba a bajar por la cuerda que habían atado los muchachos.

No había pasado ni medio minuto y el hombre de la cicatriz estaría recién al fondo del pozo, cuando se escucho una tremenda detonación y el sombrero del que esgrimía el cuchillo grande voló como arrancado por un huracán, creyendo a varios metros. El hombre lanzó un grito de dolor y, soltando el cuchillo, se tomó la cabeza con ambas manos. Entre los dedos, empezó a correrle un hilillo de sangre, porque la bala le había rozado la sien.

Los muchachos miraron alrededor sorprendidos y vieron salir, de atrás del enorme ombú y entre una nube de humo de pólvora negra, al viejo Farías, quien venía poniéndole otra bala al antiguo Remington. El viejo amartilló y gritó:

-¡Quietitos los dos y se me tiran al suelo, con las manos pa'delante!

Los hombres obedecieron de inmediato y el viejo se acercó a ellos, sin dejar de apuntarles.

Del fondo del pozo se oyó la voz del cabecilla y Luis de un salto; se asomó al brocal: el hombre de la cicatriz venía subiendo. Luis corrió hasta donde había caído el cuchillo del otro facineroso, lo tomó, volvió corriendo al pozo y de un gran golpe cortó la cuerda.

Se escuchó un grito y enseguida el ruido de un chapuzón. Antonio y Luis se asomaron al brocal y vieron, en el fondo, al hombre de la cicatriz flotando en el agua, sosteniéndose con ambas manos de las grietas entre las piedras.

-Agárrate del pincel que te saco la escalera – le gritó Antonio, burlón.

Se acercaron entonces otra vez al viejo Farías, que seguía vigilando a los dos hombres.

-Revísenlos y sáquenles las armas que puedan tener les dijo el viejo, y así lo hicieron los muchachos.

Ninguno de los dos tenía revólver. Le sacaron su cuchillo a uno, y la vaina del cuchillo grande al otro y le entregaron ambos al viejo Farías.

-Bueno – dijo el viejo-, ahora nos vamos. Vaya uno de ustedes a traerme mi caballo que lo dejé como a tres cuadras de aquí, en el camino.

Antonio fue a buscarlo en su bayo y volvió con él hasta donde estaban atados la yegua zaina de Luis y los caballos de los tres bandidos. Mientras Luis recogía su cuchillo y volvía a ponérselo en la cintura, el viejo se dirigió a los dos hombres:

-Al que se levante mientras yo lo vea, le prendo cartucho –y, reculando, se dirigió hacia los caballos. Antes de subir al suyo desató a los otros tres caballos, les hizo un nudo en las riendas y, dándoles una palmada, los mandó camino abajo, rumbo al pueblo. Al último, le desató el lazo y lo colgó en el alambrado.

-Aquí tienen pa ´sacar al socio del pozo – les gritó -, y los caballos váyanlos a buscar a la querencia.

Subió a su caballo y levantó el Remington al tiempo que les gritaba en despedida:

-¡Y no se arrimen al pueblo, que voy a contarle esto a mi yerno!

Los muchachos subieron a sus caballos y los tres salieron al trote. EL viejo Farías iba a las risas. Luis se dirigió a él:

-Tenemos que darles las gracias, Don Farías. Si no aparece usted, no sé cómo terminaba la cosa.

Entre risas, el viejo contestó:

-¡Qué susto machazo les pegué! Ni se lo esperaban. Yo tenía miedo que el Remington viejo negara fuego, pero se portó como un campeón.

-Me asombró que usted tuviera tanta puntería – dijo Antonio.

-Bue... - dijo el viejo, y ya iba a arrancar con alguna mentira cuando le vino un ataque de sinceridad – pa ´decir verdad, yo le apunté al brazo del cuchillo, pero parece que estos Remington levantan mucho. Debe ser que esas balas viejas son buenazas.

-Así que no le voló la cabeza de casualidad – musitó Luis.

-Bue... volvió a decir el viejo. Le preguntaron entonces los muchachos la razón de su milagrosa aparición y el viejo les explicó:

-Estaba tomando mate en la puerta de mi casa y los vi a ustedes cruzar el pueblo y tomar el camino a la tapera del inglés. Enseguida vi a éstos sabandijas subir a caballo y salir atrás de ustedes. No me gustó la cosa y entré a mi casa, agarré el Remington del finado mi padre y busqué unas balas que todavía tenía. Es el mismo Remington de un tiro que el viejo usó en las revoluciones. Ensillé mi caballo y salí atrás. Cuando vi los caballos de ellos atados al lado de los de ustedes me bajé, y me acerqué costeano los muros de piedra pa ´que no me vieran. Llegué atrás del ombú justo a tiempo pa ´ver ése sabandija apuntándoles con el revólver y pateando esa caja que llevas ahí, pero ustedes estaban adelante y no podía tirarle. ¿Qué tenés en la caja?

Antonio y Luis se miraron y Antonio respondió.

-Unos huesos que encontramos y que llevamos para el colegio.

-Lo que no entiendo – siguió el viejo – es pa ‘que se metió adentro ‘el pozo.

Antonio y Luis volvieron a mirarse y esta vez Luis respondió:

-Ellos creían que estos huesos eran cosas del inglés que habíamos encontrado. Cosas de valor. Para poder escaparnos le dijimos que había oro adentro del pozo. Por eso bajó.

El viejo soltó la risa.

-Buen baño se llevó – comentó, contento-. Todavía deben estar cinchando pa’ sacarlo.

Preocupado, Luis le dijo:

-¿No le parece peligroso que vayan a vengarse de usted, Don Farías? ¿A buscar desquite?

-No creo que aparezcan por el pueblo por un buen tiempo. ¿No oyeron lo que le dije de contarle a mi yerno?

-Sí. ¿Y?

-Y que mi yerno, casado con mi otra hija, es el Comisario de Cañada Seca. Quédense tranquilos, estos no se arriman al pueblo porque los mete pa ‘dentro, y ellos lo saben.

Más tranquilos, los muchachos acompañaron al viejo Farías hasta su casa del pueblo, volvieron a darle las gracias y Luis le pidió que no fuera a contarle a su padre el incidente.

-El viejo es calentón, puede salir a buscarlos y entonces si que se armaría un lío grande.

-Quédate tranquilo que yo no cuento nada – dijo el viejo, y capaz que hasta se le podía creer.

Ahora, recién ahora, después de las peripecias sufridas, podían volver a concentrar su atención en darle sepultura a la caja que Luis traía sobre sus piernas, apoyada en la cabecera del recado.

La noche anterior habían estado discutiendo qué hacer con los huesos del inglés.

-Hay que enterrarlos en sagrado – decía Luis.

-¿Sagrado qué?

-En terreno consagrado, bendecido, como un cementerio o una iglesia.

Le habían dado muchas vueltas al asunto, antes de encontrar una posible solución. Porque no podían caer a ningún lado con la caja y decir: “queremos enterrar a John Baker”. Iban a tener que responder a muchas preguntas y dar un montón de explicaciones.

No, no se podía. Había que esperar a terminar la búsqueda del tesoro para poder hablar del inglés y hacerle un buen entierro, pero Luis insistía porfiadamente en que había que enterrarlo ya.

-Bueno – había concordado Antonio-, tendremos que hacerle un entierro secreto.

Antes de ir a la tapera habían ido a rondar el cementerio, pero les pareció que siempre había alguien a la vista. Optaron, pues, por la iglesia.

Después de dejar al viejo, ataron sus caballos frente a la capilla y se asomaron a la puerta, vichando hacia adentro.

-¡Pucha, no se puede! – dijo Luis, al ver que el cura estaba acomodando cosas sobre el altar.

-¡Hombre de pocos recursos! – le dijo Antonio en tono burlón-. Esperá un poco y cuando se vaya, entrá con la caja.

-¿Qué vas a hacer?

Pero Antonio ya caminaba hacia el cura, tratando de poner una expresión contrita en su rostro.

-Padre – le dijo, bajando la cabeza -, me quiero confesar.

-Cómo no, hijo mío. Ven por aquí – y lo encaminó hacia el confesionario.

Mientras el cura escuchaba los pecados que inventaba Antonio y le ordenaba penitencias, Luis entró rápidamente con la caja, se metió por el lado de

atrás del altar, levantó las telas que lo cubrían hasta el suelo y metió allí la caja, justo debajo de la cruz.

Cuando Antonio vio que Luis pasaba de vuelta y se paraba en la puerta a esperarlo, se puso de pie y se despidió cumplidamente del cura:

-Gracias, Padre, no sabe la ayuda que me ha dado.

Se juntó con Luis en la puerta pero no se fueron, sino que se sentaron en la última fila de bancos. El cura volvió al altar, terminó de acomodar lo que estaba sobre él y luego se arrodilló frente a la cruz a rezar. Cuando lo vio persignarse, Luis también se paró, diciendo:

-Ahora podemos irnos. Ya lo bendijo.

Se marcharon contentos, felices, con una extraña sensación de paz.

Esa noche se apagó el brillo en la tapera del inglés, y nunca más volvió a encenderse allí una luz mala.

Tampoco volvió a verse el águila mora, hendiendo los cielos del lugar, John Baker descansa al fin.

17– Incursión de medianoche

Esa tarde, Luis y su padre llevaron a Antonio al pueblo, a tomar el ómnibus. Previamente, le había dejado a Luis su doblón de oro y la promesa de volver el propio 25, si había ómnibus el día de navidad.

Llegó a su casa con los dos quesos y un montón de cuentos de sus andanzas en el campo, de las que excluyó, cuidadosamente, a John Baker, el tesoro y el hombre de la cicatriz.

Su padre, sonriente, le dijo:

-Bueno, parece que disfrutás mucho esas vacaciones, y me alegra. ¿Qué querés hacer después de navidad?

-Volver a Cañada Seca.

-Está bien, si es eso lo que preferís. Pero te informo que, en tu ausencia, volvimos a alquilar la misma casa del verano pasado, y el 30 nos estamos yendo para allí. Vamos a pasar Año Nuevo en Rocha, ¿qué te parece?

Antonio pensó rápido. Pensó en la playa, en la pesca y en la tabla de surf. Extendió más su pensamiento y recordó la delicia de los pejerreyes fritos y de los sargos asados, el placer de “entubarse” en aquellas olas que no eran hawaianas pero tenían lo suyo. Sacudió la cabeza y respondió:

-Yo, mañana, si hay en qué, me vuelvo a Cañada Seca.

El padre lo miró un poco sorprendido, pero sólo dijo:

-Está bien.

La madre, con aire preocupado, intervino:

-Pero, después de Año Nuevo, por qué no te venís a la playa con Luis. Podés invitarlo, porque en tu cuarto hay dos camas.

Antonio se rió. Se imaginó a Luis en una tabla de surf y volvió a reírse. Luis no podía jinetear otra cosa que su yegua zaina. Bueno...podía aprender. ¿No había aprendido él a andar en el bayo?

-Está bien, mamá, lo voy a invitar. Pero mañana me estoy volviendo.

-¿Cuál es la urgencia? – preguntó el padre.

-Bueno...prometí volver, porque mañana es sábado y, de noche, una fiesta grande en Cañada Seca.

-Debe haberse conseguido alguna novia – dijo unas de las hermanas, riéndose.

-Si fuera así, haría muy bien en irse – concluyó el padre, y cambió de tema.

Esa misma tarde Antonio fue a la compañía de ómnibus a sacar su pasaje, y se encontró con que al otro día, por ser Navidad, la empresa paraba. Contrariado, tuvo que sacar pasaje para el 26. Eso sí, en el servicio más temprano que encontró, que salía en la madrugada.

De modo que ese día, al aclarar, ya iba muy sentado rumbo a la aventura. Llevaba consigo regalos de Navidad para Luis y su familia, que su madre se había encargado de ponerle en el bolso.

Cuando se bajó en Cañada Seca, iba pensando en tener que caminar los cinco quilómetros hasta el campo, pero allí estaba Luis esperándolo, con el bayo de tiro y ensillado.

-Sabía que te ibas a venir en lo primero que hubiera – le dijo contento. Y más contento quedó Antonio al subir a lo que ya consideraba su caballo.

-Sos un campeón – le dijo a Luis, mientras palmeaba satisfecho el pescuezo del bayo.

Salieron rumbo al campo en un trote cantor, contándose sus respectivas Nochebuenas, hasta que Antonio planteó lo que no le había dejado de carcomerle:

-Bueno, ¿Y?

-¿Y qué?

-La clave.

-Como dijo John Baker, es fácil. ¿No la resolviste?

-No.

-¡Ah, los tipos de Montevideo!

-¿Qué tienen los de Montevideo?

-Ignorancia de la naturaleza, compañero. Viven en el hormigón y en el asfalto.

Amoscado, Antonio protestó que en las claves anteriores habían compartido todo, incluso las presunciones.

-Es cierto, y el pozo lo descubriste tú.

-Entonces, ¿por qué estás escondiendo la leche?

-Por divertirme un poco y porque no importaba hasta hoy. Y además, porque tenías que haberlo estudiado el año pasado, borrico.

-¿Estudiado qué?

-Cosmografía.

-Nunca estudié eso, ¿qué es?

-Astronomía.

-¡Ah eso sí! ¿Pero qué tiene que ver?

-Todo.

-Bueno, me doy por vencido.

-Fíjate, Antonio, si una clave tiene fecha y hora, por algo será, ¿no? Quiere decir que es algo que está allí en ese momento y no está allí en otra oportunidad.

-Sí.

-Entonces, ¿lo resolviste?

-Déjame un momento – dijo Antonio con los ojos brillantes.

-"Al juntarse las dos cruces" – siguió Luis -: una es la cruz de la iglesia, y la otra es...

-¡LA CRUZ DEL SUR! –exclamó Antonio en un grito. Y a continuación empezó a darse palmadas en la frente.

-¿Viste que lo podías resolver? Por eso no quería decírtelo yo.

-¡Qué animal, qué animal! Lo habíamos estudiado el año pasado, pero me lo había olvidado.

Pues nosotros, acá afuera, no nos olvidamos.

Conocemos a las estrellas desde chiquitos, pues sirven para orientarse de noche: La Cruz del Sur, las Tres Marías, las Siete Cabritas, el Lucero, que es Venus. Ustedes, en Montevideo, no ven el cielo, no ven las estrellas. O no las miran. Aquí, cuando salís afuera de noche, lo primero que hacés es mirar el cielo.

-Es cierto, yo también lo hago. ¡Pero aquí es tan luminoso!

-Las luces de la ciudad – se rió Luis – en vez de alumbrar te ciegan.

-Ya lo veo. Ahora decime, ¿estás seguro de que la otra cruz es la de la iglesia?

-Sí. Eso es lo que yo quería verificar el otro día, que la cruz de la iglesia es la única cruz que se ve en el pueblo.

-Entonces, ¿fuiste a mirar?

-Claro. Una de las cruces sólo podía ser la Cruz del Sur. Por eso la clave tiene fecha y hora. Porque las estrellas cambian de lugar con las estaciones, y además rotan con las horas. Por eso, “a cinco días de verano” es el 26, porque el verano comienza el 21. Y la hora es porque, a medida que avanza la noche, la Cruz del Sur va bajando. Si había otra cruz en el pueblo, íbamos a tener problema, pero sólo está la de la capilla.

-Entonces, ¿es esta noche?

-Esta noche a medianoche.

Esa tarde la pasaron en especulaciones sobre lo que podían encontrar. Intentaron dormir una buena siesta para poder estar despejados esa noche pero, aunque se acostaron, no consiguieron pegar un ojo. La excitación no los dejó dormir.

Al oscurecer agarraron los caballos, los ensillaron y los dejaron dentro del galpón, para que no los vieran. Esperaron que todos se durmieran y salieron sigilosamente.

A las once y media de la noche estaban en el pueblo. Ataron los caballos cerca de la capilla y miraron la cruz que la coronaba: La Cruz del Sur estaba bastante más abajo. Empezaron a retroceder, una cuadra, dos cuadras, La Cruz del Sur se iba acercando a la cruz de la iglesia. Iban reculando, sin sacar los ojos de las estrellas, hasta que Antonio se dio vuelta y quedó helado: a treinta metros ¡estaba la pared del cementerio!

Miraron la hora: faltaban trece o catorce minutos para la medianoche. Antonio tragó saliva y dijo:

-Tenemos que entrar al cementerio.

Treparon por el portón de reja que lo cerraba y empezaron a caminar el camino central, mirando a cada instante para atrás, y no sólo por las estrellas.

Iban muy juntos, y si no iban agarrados, era porque ninguno quería confesarle al otro sus flaquezas.

La cruz de la iglesia estaba ahora a la misma altura pero un poco a la izquierda de las estrellas. También, con la mayor distancia, se había achicado respecto a la constelación. Tuvieron que salir del camino y entrar en un estrecho sendero entre panteones.

Por suerte, habían traído las linternas.

-¿Qué horas son? – preguntó Luis.

-Dos menos dos.

Cuando enfrentaron las “dos cruces”, tuvieron que retroceder un poco, subiéndose a un panteón.

Desde allí, la cruz de la iglesia quedaba perfectamente centrada entre las cuatro estrellas de la Cruz del Sur.

-¿Qué horas son?

-Las doce en punto. Medianoche.

-Este es el lugar.

Encendieron sus linternas y miraron donde estaban. Era un viejo panteón, con aspecto de que hacía mucho tiempo que nadie se ocupaba de él. Una estatua de un ángel había caído y los pedazos de alas de mármol se esparcían desordenadamente. Había dos jardineras, también de mármol, con sus tanques metálicos casi desaparecidos por el óxido.

Apoyada en lo que había sido el pedestal del ángel, había una placa de mármol en la que, grabado en relieve, se leía:

RICHARD BAKER

1819 – 1887

18– Entran los padres

Al otro día, temprano, Antonio estaba en el pueblo, llamando por teléfono a su padre.

La noche anterior, al volver a la casa, habían discutido el asunto. La última pista estaba descifrada, es decir que habían llegado al final del camino, a la última jugada de la larga partida que los había enfrentado a John Baker.

Ahora no traicionaban al inglés si se lo contaban a sus padres. Y necesitaba hacerlo, necesitaba su consejo y experiencia para decidir qué hacer ahora y cómo hacerlo. Resolvieron también esperar la llegada del padre de Antonio para contárselo a los dos juntos.

La llamada fue larga. El padre quedó primero alarmado y luego sorprendido por el pedido de Antonio de que se fuera enseguida para Cañada Seca. Sonaba a una necesidad perentoria, urgente.

-Pero hijo, ayer estabas acá y no me dijiste nada. ¿Te pasa algo?

-No, papá, estoy perfecto. Y todos aquí también. Es por otra cosa que no te puedo decir por teléfono. Pero te necesito, papá, te necesito ya, ahora mismo, enseguida.

Mirá que es por algo bueno.

El padre pensó un instante. Conocía bien a Antonio para saber que un pedido así tenía que obedecer a una razón poderosa. Y el tono en que hablaba Antonio le daba a entender que lo era.

También se sintió profundamente intrigado, y respondió:

-Está bien, en una hora salgo para ahí.

No había sonado aún el mediodía cuando vieron entrar por la portera del camino, llegar a las casas y parar el auto bajo el viejo ombú. Antonio corrió a abrazarlo, y lo mismo hicieron Luis y su padre. Entraron a la casa y los muchachos los sentaron de un lado de la mesa del comedor, poniéndose ellos del otro lado. Luis le dijo a su madre que se quedara, pero que la hermanita se tendía que ir.

-Yo estoy preparando el almuerzo – dijo la madre, así que después me cuentan -. Y salió llevándose a la niña. Luis cerró la puerta y volvió a la mesa.

-Bueno, ¿de qué se trata? – preguntó el padre de Antonio.

Entonces Antonio y Luis, atropelladamente, empezaron a contar la historia. Pero era tal su apuro que hablaban a veces los dos a la vez, o se interrumpían el uno al otro, yendo para adelante y para atrás, mezclando cosas, y que Drake, y que Baker, y que Manduca y Polifemo, de modo que aquello resultaba un galimatías incomprensible para sus progenitores.

Estos los escucharon en silencio por un rato, hasta que el padre de Luis los cortó:

-Muchachos, ¿ustedes no se habrán equivocado de fecha?

-¿por qué?

-Porque el día de los inocentes es mañana.

El padre de Antonio se rió y ellos, más nerviosos, no daban pie en bola para explicarlo, saltando del tronco petrificado a la Cruz del Sur, de la curandera a Aparicio Saravia, de la Biblia al “Pelican”.

El padre de Antonio volvió a reírse e interrumpió:

-Piratas del Siglo XVI... asaltos... cuartos secretos... tesoros enterrados...Muchachos, me parece que ustedes han estado leyendo mucho a Stevenson. Sólo les faltó decir que John Silver anda por ahí.

-Anda – dijo Antonio-. Es el hombre de la cicatriz.

-Es lindo que los jóvenes tengan fantasía – dijo el padre de Luis, sonriendo-, pero...

Antonio y Luis, que venían sufriendo la dificultad de contarle y por eso mismo se habían ido enojando, se miraron y echaron mano al bolsillo.

-¿Y esto qué es? ¿Fantasía? – dijo Luis.

-¿Y esto?, ¿es verdurita? – dijo Antonio.

Y ambos arrojaron sobre la mesa, delante de sus padres, los doblones españoles de oro.

Media hora después habían conseguido hilvanar la historia, habían traído los documentos de ambos Baker y los padres, ahora asombrados y ávidos de saber hasta el último detalle, no paraban de leer y preguntar.

Al final, el padre de Antonio se echó hacia atrás, se pasó ambas manos por el pelo y dijo:

-Es increíble, increíble. Pero hay que creerlo toda la evidencia es irrefutable. Estoy convencido de que el tesoro es real. Si existe todavía, es lo que falta dilucidar. Pero entretanto, muchachos, ustedes han hecho un trabajo maravilloso. Y, poniéndose de pie, los abrazó a los dos, seguido por el padre de Luis.

-¿Y ahora? – preguntó Luis.

-Vámonos al cementerio y entramos al panteón- propuso Antonio.

-Un momento, un momento – dijo su padre, sentándose otra vez-. La cosa no es tan así. Hay que denunciar el tesoro y pedir permiso para buscarlo.

-¡Pero todo el mundo se va a enterar! – dijo Luis.

-Y nos pueden ganar de mano – protestó Antonio.

-Entiéndanme, hay que cumplir con la ley.

No podemos presentarnos en un cementerio y empezar a abrir panteones o a escarbar, pensando que nos van a dejar. El cementerio es propiedad municipal, y es al municipio de este departamento a quien hay que pedirle la autorización. De modo que, si estás de acuerdo – le dijo al padre de Luis-, mañana temprano nos vamos a la capital del departamento a gestionar el permiso para buscar el

tesoro. Tendremos que llevar los documentos para presentarlos y dejarles fotocopias.

-¡Pero se va a saber! – se quejó Antonio.

-Es inevitable, pero al regreso hablaremos con el Comisario de Cañada Seca para que ponga una guardia en el cementerio. Y me olvidaba de otra cosa: si hay un tesoro, la mitad es para el Estado.

-¡La mitad!

-La mitad.

Ahí sí que Antonio y Luis se pusieron furiosos.

Porque el Estado no había hecho nada, no había bajado al pozo con una cuerda, no había descifrado la Biblia, no había escarbado la botella, no había...

-Es la ley y se acabó – sentenció el padre.

Al otro día, temprano, los dos padres emprendieron el camino a la ciudad, después de acallar las protestas de los muchachos, que querían acompañarlos.

-Es sólo un trámite burocrático, y puede ser largo – le explicó el padre de Antonio -. ¿Para qué van a estar sentados y aburridos, esperando? De esta parte nos encargamos nosotros. Quédense tranquilos que lo vamos a hacer bien.

Salieron del campo, cruzaron el pueblo y llegaron a la carretera principal. Los dos iban callados, sumergidos en sus propios pensamientos. Al rato, el padre de Antonio le habló:

-Yo sé lo que venís pensando. Creés que hay un tesoro y al mismo tiempo no querés creer que hay un tesoro.

-Eso mismo. Muchas veces uno tiene una esperanza y si se pone a alimentarla, después es más grande la decepción.

-Claro, uno cree pero sabe que no debe creer demasiado, y trata de dejar la mente en blanco y esperar simplemente que suceda. Si sucede.

-Yo trabajo desde los dieciocho años...

-Yo también.

-...y nunca esperé regalos de la diosa Fortuna.

Creo en el trabajo y en el esfuerzo de todos los días.

-Yo también – dijo el padre de Antonio. Y los dos volvieron a quedar callados, dándole vueltas a una esperanza que no querían dejar crecer.

Regresaron a media tarde, después de haber puesto todo en marcha.

-Por suerte, el Secretario General de la Intendencia era un abogado amigo mío, compañero de Facultad, de modo que vimos juntos los documentos, fue a

hablar con el Intendente, iniciamos el expediente y nos aseguró que el permiso para buscar el tesoro será cosa de pocos días.

De modo que yo me vuelvo para Montevideo porque él me va a telefonar o pasarme un fax en cuanto lo firme el Intendente. Cuando me avise, yo voy a la Intendencia a levantarlo y me vengo para acá.

-Pero ahora ya hay gente que sabe del tesoro.

-NO se preocupen. Estuvimos en la Comisaría y, a partir de mañana, habrá guardia día y noche en el cementerio.

Al poco rato, el padre de Antonio salió en su auto rumbo a Montevideo.

Esa noche, cuando todos dormían, Antonio y Luis salieron en silencio de la casa, agarraron los caballos y partieron despacio rumbo a Cañada Seca.

19– La visita del comisario

Al día siguiente, la noticia de un posible tesoro en Cañada Seca – sin mencionar ni a Drake ni a los Baker – estaba en los diarios de Montevideo y en los noticieros de las radios, aunque la información era muy escueta.

Al segundo día, Antonio empezó a llamar a su padre a Montevideo, impaciente por el trámite municipal.

-Estamos a fin de año, hijo, por lo que no creo que haya novedades hasta los primeros días de enero.

Pero Antonio igual siguió llamando. Pasó Año Nuevo en Cañada Seca. Ni con una yunta de bueyes lo iban a tirar de allí en estos momentos y, aunque fue a pescar un par de veces con Luis, no ponía atención en otra cosa que en la insufrible espera. ¡Qué lentos pasaban los días!

Llegó el día de Reyes y encontró, en sus zapatos, un regalo de la familia de Luis: un par de espuelas, hechas por el viejo herrero del pueblo. Las colocó en sus botas y pasó el día haciendo rás-rás por todos lados.

Dos días después, en la enésima llamada, su madre le dio la buena noticia: su padre no estaba: le habían avisado de la Intendencia, había salido a buscar el permiso y, con él, llegaría hoy mismo a Cañada Seca.

Al fin, pasada la media tarde, llegó su padre con una sonrisa de oreja a oreja. Llegó casi junto con el padre de Luis, que había ido al pueblo a contratar peones para el día siguiente.

Se abrazaron los padres, se abrazaron los hijos, se abrazaron todos, llenos de felicidad. Era la hora de la esperanza.

A Antonio y a Luis había que sujetarlos. Si por ellos fuera, ahora mismo, esta noche, irían a buscar el tesoro al cementerio.

Fue una cena alegre, eufórica. Los muchachos contagiaban su entusiasmo a todos.

-Papá, ¡qué campo vamos a comprar con el tesoro! – decía Luis.

-Con nosotros de socios – agregaba Antonio.

-No hay que hacerse ilusiones por anticipado – dijo el padre de éste.

-NO cuenten los pollitos antes de nacer, que la mejor clueca se levanta del nido – agregó el de Luis.

Pero a los muchachos no los paraba nadie. Además, si todas las claves habían dado cierto, ¿por qué no la última? John Baker no les iba a fallar, y ésa era la principal razón de su seguridad: su absoluta confianza en el inglés.

Al final, se fueron todos a dormir.

El sol venía apenas alumbrando un extremo del cielo cuando volvieron a sentarse todos a la mesa. Era el desayuno del día D, o mejor dicho, del día T.

La madre de Luis acababa de poner sobre la mesa las jarras de café y leche calientes, cuando se oyó el ruido del motor de un auto. Por la ventana vieron que era el jeep de la policía y que en él venía el Comisario.

El padre de Luis salió, y volvió con él al comedor. El Comisario traía una expresión compungida y se sentó pesadamente a la mesa.

-¿Café, Comisario? – preguntó la madre de Luis.

-No, gracias señora, venía tomando mate.

Carraspeó un poco, miró a los otros dos hombres, primero a uno, después al otro, y al final soltó lo que lo había traído.

-Anoche casi mataron al guardia y asaltaron el cementerio – dijo en voz baja.

El padre de Luis medio se incorporó y volvió a sentarse.

-La culpa es mía – siguió el Comisario -, debía haber puesto más gente, pero estoy escaso de personal.

-¿Qué paso? – habló por primera vez el padre de Antonio.

-No sé mucho todavía. El cabo Sanabria, que volvía de una ronda, a caballo, lo encontró caído y sangrando de un golpe en la cabeza. Y vio a tres hombres a

caballo, disparando al galope. No los persiguió por atender al herido, pero sabemos quiénes son.

-¡El hombre de la cicatriz! – interrumpió Antonio.

-Sí, uno de ellos tiene una cicatriz grande en la cara.

-¿Y qué más pasó? Usted dijo “asaltaron”.

-Sí. Y esa es la mala noticia para ustedes.

Abrieron y destrozaron un panteón, el panteón de Richard Baker.

El padre de Luis dejó oír una exclamación.

-¿Qué hicieron? – preguntó el de Antonio.

-Bueno – dijo el Comisario -, parece que rompieron todo, sacaron la lápida, entraron, y los cajones de los muertos – restos de cajones, en realidad- están tirados afuera, con los huesos desparramados. Ahora los están juntando.

-¿Qué se llevaron Comisario?

-No sabemos. Había unas urnas de mármol, de las que ahora quedan lo pedazos, rotas a pico. Le metieron pico también al panteón. Es un desastre. Deben haber trabajado casi toda la noche.

-Pero, a caballo, ¿qué se podían llevar?

-Ahí está la cosa. Había también una carreta, que la vio irse un tropero antes de que pasara el cabo Sanabria. Y hablan de un camión. Pero mire que ya mandé avisos por radio para que los encuentren y los prendan.

Cuando los dos padres se miraban, con aire de consternación, Luis preguntó rápidamente:

-¿Cómo sabe que era el panteón de Richard Baker, Comisario?

-Porque es el nombre que está en la placa de mármol sobre el panteón.

Con una sonrisa, Luis le tendió la mano a Antonio a través de la mesa.

Éste la estrechó y ambos, sin soltarse, se pusieron de pie y empezaron a bailar y cantar alrededor de la mesa.

Cuando, ante los gritos de sus padres pararon la danza, empezaron a explicar:

-La noche que tú te fuiste...- dijo Antonio.

-Después que ustedes se durmieron... - siguió Luis.

¡La placa de Richard Baker! – remató Antonio.

Habían intercambiado todo: placas, jardineras de mármol con nombres grabados, y hasta habían puesto en el panteón del inglés las coronas de flores de un entierro reciente.

Otra vez los padres se levantaron y los abrazaron.

Si el tesoro existía, Antonio y Luis lo habían salvado.

20– El tesoro de Cañada Seca

Lleno de novelería, el Comisario marchó con ellos rumbo al cementerio, olvidado ya de su funcionario herido. El padre de Luis cargó picos, palas, cuerdas, una escalera, una barreta de hierro y una caja de herramientas en su camioneta, y salieron en una caravana de tres vehículos: Antonio con su padre, Luis con el suyo y el Comisario con su milico. En el pueblo, el padre de Luis levantó a los dos peones y siguieron.

Cuando entraron al cementerio, el padre de Antonio que lo veía por primera vez, se sorprendió de dos cosas. En primer lugar del tamaño: debía contener más muertos que habitantes vivos tenía hoy el pueblo. En segundo lugar, del número de buenos panteones que albergaba, reflejo de épocas más prósperas. Casi todos los panteones antiguos, y la mayoría de ellos mostraban signos de abandono, que hacían pensar en numerosas familias desaparecidas o emigradas. Era un lugar triste, acentuado por los cipreses piramidales que bordeaban el camino central.

La comitiva, guiada por Antonio y Luis, dirigió sus pasos al panteón de Richard Baker. Allí los dos muchachos empezaron a quitar las coronas fúnebres “prestadas” que lo cubrían y las restituyeron al panteón original. Fueron también hasta el panteón destrozado por el hombre de la cicatriz y su gente, recuperaron la placa del inglés y las jardineras de mármol, y las pusieron a un lado del panteón al que pertenecían, para ubicarlas en su lugar cuando terminasen.

También tenemos que traer los restos de John Baker y ponerlos aquí – dijo Antonio.

-Bueno – dijo el padre de Luis -, ahora a trabajar. Los dos peones tomaron las gruesas argollas de bronce que tenía la lápida. Eran cuatro argollas, dos de cada lado, y así se ubicaron ellos para levantarla. Se miraron, uno dijo “vamos” y se afirmaron con fuerza... sólo para casi caer de espaldas al desprenderse las argollas y quedarse con ellas en la mano.

El padre de Luis abrió su caja de herramientas, sacó una espátula y empezó a limpiar la ranura en torno a la lápida. Después probó él con la barreta y los peones con las puntas de dos picos, pero no lograban hacer palanca.

-Hay que romper un poco – dijo, y tomando un martillo y un cortafierros angosto empezó a golpear cerca del borde de la lápida, abriendo una canaleta. Al descubrir el borde, marcó un pequeño agujero en el costado de la lápida, donde pudiera alcanzar la punta del pico. Repitió la operación del mismo lado cerca del otro extremo y, al cabo de un buen rato terminó, se incorporó, y dijo:

-Creo que ahora sí.

Cada uno de los peones puso la punta del pico en la marca y él, con la barreta en la mano, se colocó entre los dos. Los peones tomaron con las dos manos el mango de los picos y, cuando él les dijo “ ¡ahora!”, hicieron palanca. La lápida se empezó a levantar de ese lado y, en cuanto se vio una ranura, metió en ella la punta achatada de la barreta.

-¡Ya lo tenemos! – gritó.

Los peones retiraron los picos, él hizo palanca, aumentando la abertura y ellos los metieron, asegurándola. Ya había lugar para los dedos y los dos peones y los dos padres consiguieron levantar la lápida, dándola vuelta seguramente hasta apoyarla, invertida, al costado. Las cuatro cabezas miraron dentro del panteón, con Antonio Y Luis empujando para meter las suyas. Un hálito de tiempo encerrado llegó hasta ellos.

Dentro del panteón había dos estantes de cada lado. En cada uno de los estantes superiores, había un viejo ataúd. Los otros dos estantes estaban vacíos. El padre de Luis trajo la escalera y la introdujo por la abertura, haciéndola llegar hasta abajo. Uno de los peones bajó hasta la altura de los cajones.

-Richard Baker y Rosaura, la mujer de John – susurró Luis. Las tablas de los cajones estaban sueltas y podridas. EL peón levantó la tapa de uno y luego del otro, dejándolas resbalar hacia atrás. Lo único que contenía cada cajón era un esqueleto.

-No hay nada – dijo el peón.

El padre de Antonio se acercó a mirar y llamó al de Luis.

-Mirá – le dijo -, eso no es simétrico. ¿Por qué?

El padre de Luis se asomó y vio que, mientras a la izquierda, debajo del estante inferior había lugar de sobra para poner otro cajón, a la derecha ese espacio estaba cerrado por una pared que, desde el borde del estante, bajaba hasta el piso. Con ademán urgente tomó un pico, se lo alcanzó al peón que seguía adentro y le dijo:

-Rompe esa pared.

Con cierta dificultad por la falta de espacio, empezó a picar la pared hasta que un ladrillo cayó hacia adentro. Metió la mano por el agujero y gritó hacia arriba:

-¡Es hueco!

Siguió agrandando el agujero y, cuando el tamaño permitía pasar la cabeza, el padre de Luis le gritó:

-¡Pará! – y bajó con una linterna.

-Subí – le dijo al peón. Prendió la linterna y metió juntos el brazo y la cabeza por el agujero. Se oyó una exclamación y los de arriba lo vieron incorporarse, tomar el pico y, como loco, empezar a hacer volar pedazos de la pared. Los de arriba se desgañitaban preguntándose qué había visto, pero él parecía no oírlos, déle y déle golpe. Cuando el agujero llegó hasta el piso, soltó la herramienta, tomó algo que estaba adentro y empezó a hacer fuerza con las dos manos, hasta quedar violeta.

-¡Pesa una tonelada! – se le oyó exclamar y, acto seguido, subió como una tromba por la escalera, saltó del panteón al suelo y ya iba a seguir corriendo cuando el padre de Antonio lo tomó del brazo:

-¿Qué hay? ¿Encontraste algo?

-¡Hay dos arcones reforzados con hierro abulonado, que no los mueve nadie! ¡Voy a buscar un guinche o un aparejo!

Y, soltándose, salió corriendo a todo lo que daba cementerio afuera.

Al otro día, mientras enjambres de periodistas con grabadores, máquinas fotográficas y cámaras de televisión desembarcaban en el hasta ahora pacífico pueblo de Cañada Seca, llegaban también los diarios de Montevideo con grandes titulares: HALLARON EL TESORO DEL PIRATA DRAKE.

La noche anterior, muy tarde, los padres de Luis y Antonio habían terminado el inventario del tesoro con las autoridades, y sólo faltaba repartirlo. Las monedas y los lingotes de oro se dividirían por partes iguales; las joyas irían a remate para dividir el dinero.

Enterados por los muchachos de la providencial intervención del viejo Farías, lo habían llamado para agradecerle y para informarle que a él le tocaría una parte del tesoro, como también recibirían su recompensa el policía herido, el Comisario y los dos peones.

Contentísimo, el viejo había hecho abrir temprano el boliche frente a su casa y – a cuenta – invitaba a todo el mundo a festejar, con lo que logró un auditorio que nunca había soñado tener.

Las cámaras de televisión recorrían las pocas cuadras del pueblo entrevistando gente. El viejo se atusó los bigotes, echó el sombrero a la nuca y les contó una elaboradísima y ampliada versión de lo que ya llamaba ‘‘la batalla de la tapera’’, exhibiendo orgulloso el viejo Remington de un tiro que nunca negaba fuego.

-Ellos meta carga y yo con éste les meneaba bala que era un gusto. Como es de pólvora negra, que sabe hacer humo, al ratito no más aquello era una cerrazón.

Y yo corriendo adentro del humo les tiraba de distintos lados, hasta que ellos creyeron que estaban rodeados y se rindieron. ¡Fue batalla y pico!

Y, echándose el Remington al hombro, apuntó a la cámara de televisión, lo que provocó el abrupto fin de la entrevista. Los periodistas se desbandaron precipitadamente y, viendo que cerca de allí estaban otra vez los dos muchachos, corrieron hacia ellos.

Porque Antonio y Luis, súbitamente catapultados a la fama, eran el centro de atención de toda la prensa, que les dedicaban las más largas entrevistas. Rodeados de cámaras y de grabadores, contaban y contaban la historia del hallazgo, de la tapera, de la Biblia, de las claves, las cartas del inglés, la pieza del pozo, la botella y el tronco petrificado, la iglesia y la Cruz del Sur.

Y cada vez que lo contaban aumentaba el cariño con el que hablaban de John Baker, el amigo de otro siglo que, sin conocerlos, los había estimulado y los había querido, marcándoles el camino con agudeza e imaginación.

Les hubiera gustado compartir hoy con él los festejos del pueblo, pero se imaginaban – más aún, estaban seguros- que dondequiera que estuviese, el ingenioso inglés les estaría haciendo una guiñada.